

LA TRADUCCIÓN DE GLI ATTI UNICI DE LUIGI MONFREDINI: UN GENIO DEL TEATRO Y MÁS ALLÁ (The comedies of Luigi Manfredini in translation: *A genius actor* and *Beyond*)

M. Belén Hernández González, Annamaria Montagna, Daniele Santobianchi*
(Universidad de Murcia)

Resumen: Se ha traducido en 2008 un texto insólito de Luigi Manfredini al español, destinado al público infantil. Sin embargo, hasta la fecha no se había publicado ninguno de sus numerosos textos teatrales, entre ellos se han escogido dos piezas breves: *Un genio del teatro* y *Oltre*, cuya versión se incluye en estas páginas precedido de un apunte sobre el autor.

Palabras clave: teatro, literatura italiana, humorismo, identidad cultural, versión.

Riassunto: Di Luigi Manfredini si è tradotto in Spagna nel 2008 soltanto un racconto per bambini. In questa sede si propone una mostra di traduzioni scelte tra le sue numerose commedie ad atto unico: *Un genio del teatro* e *Oltre*. I testi sono preceduti da un breve commento sull'autore e la sua opera.

Parole chiave: teatro, letteratura italiana, umorismo, identità culturale, versione.

Luigi Manfredini es autor de una colección de textos teatrales titulada *Scrivere per sorridere*, una suerte de antología de las escenas, actos únicos, diálogos y otros textos breves que testimonian una intensa labor dramática, de la cual damos aquí una pequeña muestra (Monfredini 2013).

1. La Escritura de Luigi Manfredini

Nacido en Crevalcuore en 1955, Manfredini se formó en la Universidad de Bolonia como actor y director de escena. Comenzó su carrera con teatro experimental y teatro cómico de animación, fundando la compañía el “Carro delle Maschere”. Desde muy

* Dirección para correspondencia: mbhg@um.es; annamaria.montagna@um.es; daniele.santobianchi@um.es.

joven ha compaginado el trabajo de actor con el de dramaturgo. Sucesivamente ha trabajado como intérprete con las compañías: “Il Gruppo Libero”, “Accademia Perduta”, “Teatro Reon”, “Teatro Camuno”, “Teatro Perché”, “Nuova Scena”, “Teatro Comunale di Bologna” y “Compagnia Della Fortuna” entre otras. Además ha hecho importantes incursiones en el cine y la televisión en doblajes, cortos y telefilms, entre los que destacan: *Don Zeno* con Giulio Scarpati, *L'addormentato nella Valle* (2015), *Il vegetariano* (2015).

La obra literaria de Luigi Monfredini afronta distintos géneros y surge casi en su totalidad como archivo de su actividad profesional. Así, es autor de narrativa para niños, en relación a su actividad en espectáculos para escuelas y portales educativos. Entre éstos destaca el conocido *Bimbibó*, después llamada *Bambini a Bologna* <<http://www.bambinidavivere.com/>>, una plataforma digital promovida por entes regionales con el cual Monfredini ha colaborado a través de la página titulada *La casa dell'Orco*, con rimas y juegos humorísticos en parte también publicados por el periódico “Il Domani”, a esta serie pertenece *Fantasia* sin resuello que te agarra por el cuello, única pieza suya hasta hoy traducida al español en la Revista Cartaphilus (Monfredini, 2008).

La habilidad del autor para componer textos cómicos en rima ha estimulado la redacción de otros títulos destinados también a adultos, entre los que destacan: *Iano l'orco vegetariano*, sobre un monstruo tímido que odia comer carne; *Il regno dei peli*, breve poema en rima sobre un ratón que se cree el mesías; *Soffritti e Delitti*, una suerte de novela en verso con una intriga entre fogones; *Amori e Nebbie*, y tantos otros. En rima pero con tintes dramáticos ha escrito ya para teatro: *La notte scorre*, ambientado en un suburbio habitado por prostitutas, marginados y delincuentes; o *Rosa di piombo*, sobre el ambiente de los años denominados *de plomo*, en la Bolonia de la década de los setenta. Mención aparte merece la novela en rima *Sto scomodo*, con una divertidísima trama de intriga, ambientada en la costa Romagnola, donde las dos mujeres protagonistas, en contraste con los estereotipos fílmicos, se enfrentan en una lucha sin cuartel y donde la violencia es vencida por la fuerza del amor y la risa.

Entre su narrativa en prosa, destaca la publicación en 2006 de la novela *Frulli*, donde se da cuenta del ambiente de las salas de baile de los años treinta y cuarenta en la región Emiliana, cuando las mazurcas y valsos eran arte y evasión para unos hombres y mujeres angustiados por el esfuerzo y la necesidad de ganarse el sustento. *Cavallo scosso* (2008) es la siguiente novela, de género histórico-policíaco, sobre el ambiente de las apuestas de caballos y el entorno universitario. También es autor de libros poéticos, quizá la parte de su producción más profunda o pesimista, cuyos títulos han obtenido premios nacionales y amplio reconocimiento crítico, mencionaremos sólo tres de ellos: *Aspro mattino*, *Cocci* (2010), *Percorsi dispersi* (2015).

En su faceta de profesor de teatro para jóvenes, Monfredini ha escrito un extenso conjunto de piezas teatrales pensadas año tras año para determinados grupos de alumnos, revisadas tras su puesta en escena. Todas ellas tienen en común la intención de crear personajes y diálogos para divertir en las aulas y a ser posible transmitir el buen humor tanto a los alumnos como al gran público. Ésta podría parecer una motivación

banal, sin embargo, oculta un saber trascendente: se trata de un humorismo controvertido, tanto verbal como de situación. Como explica el autor, el contraste surge de la contradicción de intenciones: “*lo scopo della satira è quello, di mostrare i difetti, che non appartengono solo agli altri, ma sono la base su cui costruiamo la nostra personalità*” (Monfredini 2013a: 2). Conocedor de la naturaleza humana, Monfredini crea infinidad de protagonistas perdedores, aquellos que están incómodos en la sociedad y a través de sus dificultades para disfrutar de las cosas más sencillas de la vida (el éxito amoroso, la comida, el descanso...) emerge una divertida crítica a las tradiciones instituidas.

A continuación presentamos la traducción de dos piezas teatrales escogidas e inéditas hasta el momento: *Un genio del teatro* y *Oltre*. En ambas la comicidad se encuentra limitada por el texto escrito, son obras para ser representadas y faltan aquí los efectos del actor. Cuando se trata de humorismo y teatro, el texto es sólo un primer paso hacia el espectáculo; no obstante, alguien podría retomarlas ahora para nuevas representaciones y buscar en la identidad cultural del escritor boloñés, nuevas identidades universales.

Así despide su prólogo Monfredini: “*Augurandovi una buona lettura e forse messa in scena, me ne vado, prima che si alzi il sipario e mi trovi ancora una volta nel posto sbagliato al momento giusto*”.

2. Un genio del teatro / Luigi Monfredini

(Título original *Il mostro sacro* o *Il grande attore*. Traducción: Annamaria Montagna - Belén Hernández)

Personajes: el periodista deportivo, el asistente.

El escenario está oscuro. En las paredes, algunos paneles blancos llevan escrita la palabra que los identifica como elementos escenográficos. La ventana tiene dos letreros: ventana y ventana abierta; la chimenea está: encendida o apagada, etc. Hay una mesa con dos sillas en el lado izquierdo del escenario, y en el otro, un pequeño sofá.

El escenario está a oscuras, se enciende una luz, el periodista deportivo aparece, el sonido del móvil llama su atención, busca en los bolsillos el aparato, después contesta.

Periodista: ¡Diga!... Sí, soy yo... Ah, hola, ¿qué tal está?... Mal, lo siento... ¿Qué? Por supuesto que le hago un favor, faltaría más... Oiga no. Esto no puede pedírmelo... es que no entiendo nada, para mí Hamlet es un fruto exótico: kiwi, Hamlet y piña... es que no puedo entrevistar a un genio del teatro, a un gran actor, soy un periodista deportivo... está bien... está bien, voy. Hasta luego. Sí, está hecho. Adiós. ¡Qué follón! ¿Y qué hago? Incluso los microbios conspiran en mi contra, es verdad, si eres un gafe, eres un gafe y ya está. Todo funciona a la perfección, soy yo el imperfecto.

Oscuridad. Entra el asistente con un orinal en la mano, mira su contenido.

Asistente: Es fea. No sé mucho de esto, pero para mí es fea. Para mí la belleza de la caca nunca ha estado clara, nunca he considerado este tipo de belleza. Los médicos, ellos sí que saben si es hermosa, si va todo bien. Quizás las mejores las tienen en casa, para estudiarlas. Se encuentran con los amigos para mirarlas y a lo mejor se las intercambian. Puede ser que alguien las cuelgue en las paredes para pavonearse con los compañeros. Cuadros de caca. No, no, yo la tiro.

Se va hacia el bastidor opuesto al de la salida a la escena y encuentra al periodista.

Periodista: ¿Se puede? Buenos días soy de «El Pensamiento» el periódico, tengo una cita.

Asistente: Yo no, tengo que llevarme una caca. ¿Le interesa?

Periodista: No gracias, no me interesa. Estoy aquí para la entrevista, ha fijado una cita mi periódico.

Asistente: ¿«El Pensamiento» ha dicho? Sí, me acuerdo. Pero hay un problema.

Periodista: ¿La caca?

Asistente: Pues sí, lo ve, está fea.

Periodista: Por favor, tengo un estómago delicado.

Asistente: No he dicho que tiene que comérsela.

Periodista: Faltaría más. Oiga ¿quiere alejar ese orinal, que está a punto de darme náuseas?

Asistente: Claro, perdone. Sabe, el problema es que mi maestro no se ve bien.

Periodista: ¿Es un problema de vista?

Asistente: No, de salud. Está muy mal.

Periodista: Lo siento, no lo sabía. Yo soy un periodista deportivo, estoy reemplazando a un compañero mío, él ha fijado la cita.

Asistente: Aunque hubiera fijado usted la cita, mi maestro no habría mejorado. De todas maneras voy a anunciarle.

Periodista: Gracias. El periódico es «El Pensamiento», acuérdesse.

Asistente: ¿La caca la tira usted?

Periodista: No, hágalo con toda tranquilidad, puedo esperar.

Asistente: Espere un momento, vuelvo en seguida.

El asistente sale. El periodista mira a su alrededor.

Periodista: ¡Que atmósfera extraña, huele a enfermedad, cultura, sudores de camerino! Es la casa de un actor. Sí, empezaré el artículo hablando de estas sensaciones. En mis artículos la descripción de los vestuarios ha sido siempre un elemento central para comprender al atleta. Por cómo se ducha un campeón se conoce su valía. Lo sé, es discutible como teoría, pero estoy solo ¿con quién lo discuto? Puede que al actor haya que analizarlo de manera diferente. Pero no puedo iniciar una discusión sobre la manera en que se lavan los actores, no interesa. Esta entrevista me pone de los nervios. ¿O ya estaba de los nervios?

Vuelve el asistente.

Asistente: Lo he hecho. Oiga, por favor abra la ventana, el aire está viciado.

Periodista: No, ¿por qué? Sale por la noche. Lleva una vida disoluta. Frecuenta malas compañías. Es un problema sexual. Lo sé es fácil entregarse al vicio, el problema es salir de él.

Asistente y periodista se miran en silencio por un instante.

Asistente: Abra la ventana. Voy a avisar al maestro.

Periodista: Era una broma, he jugado con las palabras.

Asistente: ¿Y encima me lo dice? Vamos bien...

El periodista se acerca al panel con el letrero «ventana» y le da la vuelta. El letrero ahora es «ventana abierta». El periodista inspira profundamente.

Periodista: No hay nada mejor que el aire de la noche. Está contaminado como el del día, pero por gente que usa los coches para divertirse y no para trabajar; esto es lo que lo hace más cortante.

Vuelve el asistente.

Asistente: El maestro ha muerto.

Periodista: ¿Disculpe?

Asistente: Ha fallecido.

Periodista: Pero, pero, ¿cómo es posible?

Asistente: ¡Eh! Ha visto la caca, ¿no?

Periodista: ¿Qué dice? ¡Llamemos a la ambulancia! ¡Hagamos algo!

Asistente: Ya no hay nada que hacer.

Periodista: ¡Qué lástima! Ya no podré hacer la entrevista. Pero seré el primero que dé la noticia del deceso.

Asistente: Es verdad. Está claro que si hubiera podido entrevistarle...

Periodista: Habría sido una verdadera exclusiva: las últimas palabras de un genio del teatro, su testamento espiritual. No hay nada que hacer, soy un gafe.

Asistente: Se nota. Pero, si quiere, puedo ayudarle.

Periodista: ¿Cómo?

Asistente: Hagamos cómo que la entrevista estaba hecha.

Periodista: Pero no la he hecho.

Asistente: Usted trabaja en el periódico porque está enchufado.

Periodista: ¿Qué dice? ¿Está loco?

Asistente: No lo sé, está claro que no soy tonto. A lo mejor deshonesto, pero no tonto.

Periodista: ¡Una entrevista falsa! Sí, es una buena idea. Usted contestará a mis preguntas en lugar del maestro.

Asistente: Lo intentaré.

Periodista: Bien. Primera pregunta: ¿qué le empujó a dedicarse al teatro?

Asistente: Primera respuesta: no lo sé.

Periodista: ¿Me toma el pelo?

Asistente: No, soy sincero. Mire, mi maestro era un megalómano, un exhibicionista, él no hacía teatro, era el teatro y ¿cómo se puede explicar lo que le empujó? La naturaleza, la vida, la gente, la locura, ¿quién sabe?

Periodista: Y yo qué escribo: ¿quién sabe?

Asistente: Yo en cambio lo hice por las mujeres. Se decía que con las actrices se ligaba fácilmente.

Periodista: Usted creía en estas banalidades.

Asistente: No, comprendí inmediatamente que era trola. Pero después me pregunté: ¿y si fuera cierto? Y entonces empecé.

Periodista: Vamos, cómo puedo escribir estas cosas.

Asistente: Mire que el sexo y el teatro siempre han ido al mismo paso. En la antigüedad las fiestas en honor del dios Baco acababan puntualmente en orgías. Las bailarinas estaban completamente desnudas, y guapas, tal vez incluso borrachas... Sabe, los griegos sabían apreciar el teatro.

Periodista: Pero, ¿es verdad?

Asistente: Por supuesto. Toda la historia del teatro se basa en la sexualidad, su negación o exaltación.

Periodista: Interesante. Éste es un tema que podría tratar.

Asistente: ¿Qué quiere saber exactamente?

Periodista: Yo no soy un experto, cuénteme, dígame, comuníqueme noticias, hágame comprender, cómo se desarrollaba este espectáculo. Hábleme al menos de las medidas de las bailarinas: pecho, cintura, caderas.

Asistente: 90, 60, 90 está escrito en todos los jarrones encontrados por los arqueólogos en la antigua Grecia y que datan del S. V aC.

Periodista: ¡Usted me toma el pelo! Y casi me lo tragaba.

Asistente: Detesto decir siempre la verdad, por lo que la escondo con algunas mentiras. Mire, los griegos durante estas fiestas dionisiacas habían logrado comprometer físicamente los espectadores en la función.

Periodista: Comprendo que participar en una orgía sea difícil espiritualmente. Y además, tal vez el elemento detonante fuera el vino y no el teatro.

Asistente: Digamos lo uno y lo otro. Se trataba de fiestas en honor de Dioses, en suma... ritos y bailarinas, teatralidad y sexo.

Periodista: Yo no sé de teatro, pero sé que en las tragedias griegas no había mujeres que recitaban.

Asistente: Muy bien, es verdad. Pero había muchos intérpretes afeminados, fantásticos cuando interpretaban figuras femeninas, pero poco creíbles cuando interpretaban a héroes trágicos. Ve como todo es ambiguo.

Periodista: Usted me confunde.

Asistente: No, no, estimado señor estaba ya confundido antes.

Periodista: No importa, no creo que logremos hacer esta falsa entrevista. Me contentaré con la noticia del deceso.

Asistente: Como quiera. Pero es una lástima, porque pocas personas saben que en la

edad media los obispos reunidos en un concilio fueron obligados a promulgar una ley que imponía a los curas que no tuvieran perros y otros animales en las iglesias; y que no se hospedaran actores y juglares; y sobre todo que no se eligieran amas de llaves demasiado jóvenes. Las funciones se hacían en las iglesias, no había otros sitios donde se podía reunir a la gente. E incluso el espectáculo se transformaba en perdición.

Periodista: Vale, pero no son noticias interesantes.

Asistente: Es verdad. Sí, sí, lamentablemente es verdad.

Periodista: Entonces, le agradezco su amabilidad y me despido.

Asistente: Cierto, es una lástima, pero como se dice... ha muerto.

Periodista: Perdone, en la confusión del momento he olvidado darle el pésame. Disculpe.

Asistente: Ah, por favor. No éramos ni siquiera parientes, no es a mí al que ha que darlo.

Periodista: Sí, pero usted lo conocía, vivía con él. Estará abatido.

Asistente: ¿Abatido?

Periodista: Debería.

Asistente: ¿Y usted qué sabe?

Periodista: Es algo normal. Ha muerto su maestro, usted estará afligido. Por lo menos podría hacer un minuto de silencio, como en los acontecimientos deportivos.

Asistente: En realidad yo lo detestaba. Y estoy casi contento con su muerte... pero... sí un minuto de silencio se puede hacer. ¿Me acompaña?

Periodista: Claro que sí.

Periodista y asistente permanecen callados. Guardan duelo, miran varias veces el reloj, suspiran, sacuden la cabeza. Cuando termina el minuto lo dos gritan como los hinchas en el estadio.

Asistente: Volvemos al discurso de antes, en Florencia en 1500 había un teatro que se llamaba la «Dogana» en calle de la Baldracca, donde actuaban los cómicos de la comedia del arte y trabajaban las señoritas ligeras de ropa. Como ve una vez más sexo y teatro.

Periodista: ¡Basta! Ya le he dicho que no me interesa. ¡Déjelo!

Asistente: No se enfade. Solo quería ayudarlo.

Periodista: Disculpe, detesto la insistencia.

Asistente: Sí, y no conoce la tolerancia.

Periodista: De nuevo, gracias y adiós.

Asistente: Adiós. Oiga, al salir, puede cerrar la ventana, tengo un poco de frío.

Periodista: Por supuesto, voy enseguida.

El periodista gira el panel con el letrero «ventana abierta» y aparece el letrero «ventana», a la vez el asistente gira el panel donde está escrito «chimenea» y muestra el letrero «chimenea encendida».

Asistente: ¡Qué hermoso fuego!

Periodista: Sí, a mí también me gusta mucho. Pero caliente solo por delante.

Asistente: Entonces dése la vuelta

Periodista: Así caliente solo por detrás.

Asistente: ¿Usted no se iba?

Periodista: Sí, pero quería preguntarle si habrá una capilla ardiente.

Asistente: ¿Para escribir en el periódico por dónde caliente?

Periodista: En serio, los lectores querrán saber cuándo será el entierro, como es lógico.

Asistente: Se lo diré. Buenas noches.

Periodista: Buenas noches.

De repente se apagan las luces. En la oscuridad se oyen sonidos extraños e inquietantes.

Periodista: ¡Qué está pasando!

Asistente: ¡Un apagón!

Periodista: ¿Y estos ruidos?

Asistente: ¡Son raros ¿Eh?!

Periodista: Tengo un sudor frío.

Asistente: Algo me ha rozado.

Periodista: Ahhh. Ahhh. Socorrooo.

Asistente: No haga el tonto ¡Me estoy poniendo nervioso!

En la oscuridad se ve solo la cara del periodista con una expresión satánica. Después se verá también el asistente.

Periodista: ¡Ja ja ja! He vuelto.

Asistente: En realidad nunca se había ido.

Periodista: ¡Imbécil! Soy yo, he llegado del más allá y he tomado posesión de este cuerpo.

Asistente: Yo no creo en los fantasmas.

Periodista: No me interesan tus opiniones.

Asistente: Maestro, ¿es usted?

Periodista: Te has enterado por fin. He pedido a la muerte un poco de tiempo más y me lo ha concedido. Es agradable darse cuenta de que mi atractivo se ha quedado intacto.

Asistente: Tal vez sea la muerte que es de buen diente. Se codea con todo el mundo.

Periodista: Todavía tengo que hacer algo antes de llegar a las tinieblas.

Asistente: No podía hacerlo otra persona. Aquí nos habíamos resignado ya a la muerte.

Periodista: ¡Perro! ¿Cómo te atreves?

Asistente: La irreverencia es una de mis cualidades.

Periodista: Tú no tienes cualidades. No hay nada interesante en ti. Me aburro cada vez que hablas, y veo en tus ojos solo la luz de la torpeza. Cómo has podido pensar en hacerte actor.

Asistente: Porque entre los que pisan las tablas, no están los imbéciles.

Periodista: No hagas mala sangre las palabras, sino ofréceme el silencio.

Asistente: ¿Los fantasmas hablan así?

Periodista: ¡Cállate! ¿De quién es el cuerpo en el que he entrado?

Asistente: De un periodista de «El Pensamiento», que había venido para entrevistarle.

Periodista: Interesante.

Asistente: Ha vuelto por eso del más allá. Para conceder la primera entrevista desde la tumba.

Periodista: No. Pero ya que estoy aquí se la concederé.

Asistente: Es un error. ¿Cómo podrán conmemorarlo, decirnos lo que pensaba, explicar su poética? Si usted sigue hablando, tal vez mintiendo, polemizando sobre su vida. Ha tenido la suerte de morir. ¡Quédese muerto!

Periodista: ¡Basta ya! Repasa el papel, que entre otras cosas quiero también escucharte.

Asistente: No, me niego a ensayar con un fantasma.

Periodista: No serán ensayos, lo haremos en serio. Ten mucho cuidado de no equivocarte, porque de lo contrario vendré a atormentarte todas las noches y no será agradable dormir con un apuntador pedante a los pies de la cama.

Asistente: Muy bien, en lugar de revelarme los números de la lotería, viene para repetir los diálogos de la función. Es un ingrato. Si pienso en toda la caca que tuve que tirar...

Periodista: ¡Miserable! No hay esperanza. Con tu sensibilidad es imposible interpretar cualquier personaje ¡Vete a repasar el papel y procura no equivocarte! Mientras tanto yo me ocuparé de la entrevista.

Asistente: Sí, que es una cosa importante. Que la vida es injusta lo sabía, pero la muerte... podía tener más cuidado; a uno como éste no debería devolverlo.

Periodista: ¡Vete! No tenemos mucho tiempo.

Asistente: Y el poco que tenemos lo ha robado. Entonces no me meta prisa.

Periodista: ¡Lárgate!

Asistente: ¡Cosa de locos! ¡El muerto es él, no yo! ¡Tiene que largarse él, no yo! Es evidente. (el fantasma le lanza una mirada amenazadora) Voy.

Periodista: Y vuelve sólo cuando te llame.

Asistente: Ojalá se quedara afónico. (*Sale*)

El periodista baja la cabeza y empieza a estremecerse, luego se calma y levanta la cabeza.

Periodista: ¿Qué ha pasado? ¿Me han atropellado los hinchas? Tengo dolor por todos lados. Ni siquiera me acuerdo de qué partido era y quién ha ganado. No me encuentro nada bien. ¡Auuuuuachísss! (*aullido*) Qué tos, he cogido frío. ¡Auuuuuachísss! «Estoy dentro de ti, puedes entrevistarme». (*Asustado*) ¿Qué? ¿Qué pasa? (*pone rápidamente la mano en la frente*) ¡Tengo fiebre! «No, estás solo poseído por mi espíritu». ¿Usted es un humorista? «Has venido para entrevistarme» El gran actor. El genio de la escena, pero está muerto. «Ja ja ja, mi cuerpo ha muerto, pero la energía de mi mente está viva y puede hablar contigo». (*Sigue asustado*) Qué suerte he tenido. «Entonces, ¿qué quieres saber?» En este momento estoy un poco turbado, no sé... ni siquiera sé quién soy. «¿Qué situación tan rara: ¿eres un periodista que interpreta a un gran actor, o un gran actor que interpreta a un periodista? No has entrado en un personaje, sino el personaje ha entrado en ti. Es una regla fundamental para un actor que quiera hacer memorable

un papel». Por cierto, habría prescindido de esta experiencia. Mire, yo me ocupo del deporte, por casualidad he venido a entrevistarle. Y además, habría sido un problema hacerle las preguntas cara a cara, pero así cara a dentro, y con un fantasma tengo algunas dificultades. (*Silencio, el periodista preocupado, observa su cuerpo, luego se golpea el pecho*). ¿Sigue ahí? Todo me pasa a mí. ¿Señor? «Sííí, estoy esperando su pregunta». Claro, tengo una hoja con algunas preguntas que me han sugerido. (*La coge*) Aquí está: Usted que es un grande de la escena ¿qué opina del teatro de los últimos años que ha favorecido la dirección por encima de la dramaturgia y los intérpretes? «¡Aaaaauuuuuu!» ¿No ha entendido la pregunta? «He entendido perfectamente. No hay ningún director de escena que pueda prescindir del actor. No hay ninguna dramaturgia que pueda prescindir del actor. Pero existe el gran actor que puede en cualquier caso hacer teatro sin nadie más». Vale, pero hay pocos genios de la escena. «Es verdad, y aún menos después de mi muerte. Pero he vuelto para remediarlo». Sí, pero ¿qué es un actor? «Ja ja ja, un vampiro que se nutre de personajes». Macabro, pero simpático. Pero ¿qué es realmente indispensable para hacer teatro? «El público. El actor para existir tiene que actuar ante un espectador. Es el público quien determina al actor. Cada sociedad, de Oriente a Occidente, tiene su actor específico». Un discurso complejo. «¿Lo cree? A lo largo de la historia siempre ha pasado lo mismo. Pero hablemos de mí. ¡El más grande actor vivo!» No es correcto, desgraciadamente ha fallecido. «Usted no me creará, pero lo siento». ¿Es difícil morir contento? «No sé a los demás, pero a mí me ha molestado». Me habría gustado verle actuar. «Esto todavía se puede remediar. Trate de no perder totalmente la lucidez». Lo intentaré. «¡Demos comienzo a la representación!» Preparad las escenas, encended las luces, haced sentar al público, traedme el traje y el maquillaje. Llamad al imbécil de mi asistente. Necesito a alguien con la lengua serpentina que me dé el pie».

Entra el asistente.

Asistente: Hoy tenemos solo filete de gran categoría. Lengua no nos queda.

Periodista: ¡Muy bien! Siempre con estas salidas de tono. Tenemos que interpretar a Molière y tú para concentrarte ¿hablas de carne para los gatos?

Asistente: El filete no es carne para los gatos. Y además no es necesario dar largas a un juego de palabras.

Periodista: ¿Éste para ti es un juego de palabras? ¡Eres un bestia!

Asistente: Somos bestias.

Periodista: Nunca sacaré algo bueno de ti. Eres un cabeza de chorlito. Tienes la inteligencia de un chorlito. Y la sensibilidad de una roca. Venga, montemos la escena del *Burgués Gentilhombre* que has preparado. Y tratemos de no vomitar.

Asistente: ¿También los muertos pueden tener problemas de estómago? No lo sabía. ¿En el más allá se come como en el más acá?

Periodista: ¡Qué dices, imbécil!

Asistente: Usted ofende siempre, hay una lógica en este discurso. ¿No es posible imaginar que en el más allá se coma... yo qué sé: fantasma de pollo en el asador, con patatas al horno crematorio?

Periodista: ¡Basta ya! No puedo perder mi tiempo en tonterías, mi energía no es ilimitada. Rápido, empecemos la escena.

*Cambian la iluminación e interpretan la escena del Burgués Gentilhombre de Molière.
Jourdain – Periodista/ Maestro – Asistente*

J/Periodista: Tendría que hacerle una confidencia: estoy enamorado de una gran dama y querría que me ayudara a escribirle una misiva que me gustaría dejar caer a sus pies.

M/Asistente: Muy bien.

J/Periodista: ¿Será muy galante, verdad?

M/Asistente: Sin duda alguna. ¿Quiere escribirle unos versos?

J/Periodista: No, no, nada de versos.

M/Asistente: ¿Solo prosa, entonces?

J/Periodista: No, no quiero ni prosa ni versos.

M/Asistente: Hay que elegir necesariamente entre los dos.

J/Periodista: ¿Por qué?

M/Asistente: Señor mío, porque no hay más que dos maneras de expresarse: en prosa o en verso.

J/Periodista: ¿No hay más que la prosa o el verso?

M/Asistente: Nada más: todo lo que no está en prosa está en verso, y todo lo que no está en verso está en prosa.

J/Periodista: ¿Y cuándo se habla que se hace?

M/Asistente: Prosa.

J/Periodista: ¿Cómo? Cuando digo: «Nicolasa, tráeme las zapatillas y dame el gorro de dormir», ¿hablo en prosa?

M/Asistente: Ni más ni menos.

J/Periodista: ¡Dios! ¡Hace más de cuarenta años que hablo en prosa y no lo sabía! Estoy agradecido que me lo haya dicho. Querría entonces escribir una misiva: «Gentil marquesa, sus hermosos ojos me hacen morir de amor». Pero me gustaría que esto se dijera de manera galante, bien pulido.

M/Asistente: Diga que el fuego de su mirada ha convertido a cenizas su corazón, que por su causa sufre noche y día...

J/Periodista: No, no, nada de eso; no quiero decirle más que lo que le he dicho: «Gentil marquesa, sus hermosos ojos me hacen morir de amor».

M/Asistente: Habría que desarrollar un poco el concepto.

J/Periodista: Le digo que no, no quiero escribir más que estas palabras, pero dándoles una forma elegante, colocadas como corresponde. Sí, dígame las distintas maneras en que se puedan colocar.

M/Asistente: Se pueden colocar ante todo como ha dicho usted: «Gentil marquesa, sus hermosos ojos me hacen morir de amor». O bien: «Morir de amor, gentil marquesa, me hacen sus hermosos ojos». O incluso: «Sus hermosos ojos, gentil marquesa, de amor me hacen morir». O incluso: «Morir sus hermosos ojos, gentil marquesa, de amor me hacen». O bien: «Me hacen, sus hermosos ojos, morir, gentil marquesa, de amor».

J/Periodista: ¿Y de todas estas maneras cuál es la mejor?

M/Asistente: La que ha dicho usted: «Gentil marquesa, sus hermosos ojos me hacen morir de amor».

J/Periodista: ¡Oh! ¡Qué bien! ¡Nunca he estudiado y he adivinado a la primera!

Asistente: ¿Qué tal ha ido?

Periodista: ¿No lo sabes? ¿O buscas cumplidos?

Asistente: No, quería una opinión, maestro. Espero que sea la última vez que actuamos juntos, buscaba el último consejo.

Periodista: Y quiero dártelo: deja de actuar.

Asistente: ¡Ah, no! Tiene envidia, lo dice porque yo puedo seguir actuando y usted no.

Periodista: ¿Pero te das cuenta de cómo has interpretado al personaje?

Asistente: ¡No, no entiendo nada, en este rollo de escena que hemos hecho no había interpretación, éramos dos gansos que hacían cua cua!

Periodista: Estoy perdiendo las fuerzas. Tengo que tomar una decisión. Ya no tengo tiempo. Ya no tengo tiempo.

Asistente: Sí, vale, pero no dramatice. Ha muerto que ya no era muy joven, y además ha vuelto como fantasma, no puede quejarse. Y además quién sabe, podrían existir compañías teatrales incluso en el más allá. Usted que es un megalómano, seguro que encuentra un papel.

Periodista: ¡Ya he decidido! ¡Ahora puedo irme, hasta luego mundo! ¡Ja ja ja!

Asistente: ¿Hasta luego? ¿No querrá volver?

Periodista: (*Despertándose*) ¿Qué ha pasado?

Asistente: Ah nada. Ha sido poseído por un espíritu.

Periodista: Sí, me acuerdo. Hemos actuado juntos.

Asistente: Lo sé, es terrible.

Periodista: No, en realidad me ha gustado. Y además creo que ahora tengo el material para escribir el artículo.

Asistente: ¿El papel y el bolígrafo?

Periodista: Usted es un derrotista. No toma nada en serio.

Asistente: Cierto, ¿por qué usted cree que las cosas son serias o cómicas según las encare yo? No tienen una real objetividad independientemente de todo y todos.

Periodista: Sí, vale, vale, no quiero discutir de esto.

Asistente: Vale no discutamos de esto. Escriba su artículo sobre el teatro, publíquelo y no me toque las pelotas. Se sumará al montón de chorradas que ya existen.

Periodista: Yo creo que puedo expresar algo diferente. Creo que soy capaz de descubrir la esencia de la comunicación teatral.

Asistente: Ja ja ja. ¡Otro más! Ja ja ja. Increíble, si hace un rato ni sabía qué es un personaje, una salida a la escena, una contraescena. ¿Y ahora posee la esencia de la comunicación teatral?

Periodista: Yo ya no soy el mismo de antes. Me siento diferente. Tengo en mi cabeza informaciones que sé que no son mías. Conozco el significado de frases como «romper

la cuarta pared», «impostar», «buscar el aplauso», «latiguillo», «acentuar», «entre bastidores», «pisar bien las tablas».

Asistente: Entiendo, el fantasma del maestro le ha dejado todas las gilipolleces en la cabeza. Son formas de hablar que se utilizan en el teatro. Hoy están vivas y mañana muertas, o no. No importa.

Periodista: ¡No es verdad! Nunca morirán.

Asistente: Qué dice, en el teatro no hay certezas, es complejo como el hombre. Lo único cierto, como en la vida, es el instinto sexual. ¿Qué hace avanzar al mundo? Lo mismo hace avanzar al teatro.

Periodista: ¡Usted es exasperante! Basta ya o le parto la cara. Ya no quiero que hable así del teatro.

Asistente: El genio del teatro le ha contagiado. ¡Usted está infectado!

Periodista: Sí, puede ser. En mi sangre corre un microbio nuevo, estoy enfermo, y mi enfermedad es el teatro.

Asistente: ¿Qué teatro? Usted está confuso. ¡Está poseído por el espíritu de un genio del teatro! ¡Acuérdese que era un gilipollas! Detestaba la dramaturgia, detestaba a los colegas de trabajo, se quería únicamente a si mismo.

Periodista: ¡Ya basta! ¡yo lo mato!

Se persiguen uno a otro en la escena.

Asistente: ¡No se comporte como un cretino!

Periodista: ¡Usted tiene que dejar de destilar veneno sobre este arte!

Asistente: Es que si no hay veneno, no hay arte. Solo hay complacencia. Usted se equivoca si cree tener consenso haciendo de actor. Elige ser un marginado, a lo mejor rico, pero siempre observado con aire sospechoso. Los espectadores le tolerarán, quizás le envidiarán, pero se acordará siempre de la mala consciencia de la sociedad, dado que mostrará sus imperfecciones, sus atropellos, las miserias, los horrores, los miedos y le odiarán.

Periodista: También está la poesía, el amor, la belleza, la justicia, la inteligencia, la fuerza de las ideas. ¡Yo lo estrangulo!

Asistente: ¡Bien, la violencia como poesía! Mírese: ¿Está dispuesto a matarme porque no estoy de acuerdo con usted? ¿Se da cuenta?

Periodista: ¡Oh! Perdone, no sé que me ha pasado. Pero lo que he dicho lo pienso.

Asistente: Lo creo, pero yo no tengo culpa.

Periodista: He cambiado. Ha pasado algo.

Asistente: Me he dado cuenta ¡quería estrangularme!

Periodista: No es verdad. Estaba nervioso en ese momento. Había perdido la lucidez.

Asistente: Ahora brilla otra vez.

Periodista: Creía que usted habría destruido el teatro.

Asistente: Ja ja ja, nadie puede destruir el teatro. Muchas veces lo golpearon, e incluso fingió morir. Sí es un experto en la ficción. Pero nunca muere. Mientras existan dos hombres, uno que actúa y el otro que asiste: el teatro jamás morirá.

: ¡Yo seré actor! Llegaré a ser un gran actor.

Asistente: Con el mal rato que está pasando el mundo, ésta no es una gran noticia.

Periodista: No me interesa qué noticia es, me interesa hacerlo.

Asistente: Entonces hágalo.

Periodista: Necesito a alguien que me dé el pie.

Asistente: Llamémoslo compañero, segundo actor, coprotagonista, pero no alguien que me dé el pie, me molesta, ¡me parece que huele a pie!

Periodista: Vale. Terminemos con otra escena de Molière.

Asistente: ¿*El avaro*?

Periodista: ¡*El avaro*!

Las luces cambian

Harpagón/P: Tiemblo de que este canalla haya sospechado algo del dinero que he escondido... ¿Serías capaz de hacer correr la voz de que tengo dinero escondido?

Flecha/A: ¿Tiene algún dinero escondido?

Harpagón/P: No, pillo, no he dicho eso. Pregunto si no vas por ahí haciendo correr maliciosamente la voz de que lo tengo.

Flecha/A: ¿Qué me importa que lo tenga o que no lo tenga? Para nosotros es lo mismo.

Harpagón/P: ¡Ah, te las das de sabelotodo! Te daré yo esta sabiduría en las orejas (hace como para darle una bofetada). Fuera, vete.

Flecha/A: ¡Ya me voy!

Harpagón/P: Un momento. ¿No te llevas nada?

Flecha/A: ¿Qué cree que me puedo llevar?

Harpagón/P: Ven aquí, muéstrame las manos.

Flecha/A: Aquí están.

Harpagón/P: Las otras:

Flecha/A: ¿Las otras?

Harpagón/P: Sí.

Flecha/A: Aquí están.

Harpagón/P: ¿No te has metido nada ahí dentro?

Flecha/A: Mírelo usted mismo.

Harpagón/P: Estas calzas anchas parecen apropiadas para esconder las cosas robadas. Me gustaría ver a alguien ahorcado.

Flecha/A: ¡Cómo se merecería un hombre como éste que le pasase lo que tanto teme! ¡Y cómo me alegraría robarle!

Harpagón/P: ¿Eh?

Flecha/A: ¿Qué?

Harpagón/P: ¿Qué andas diciendo de robar?

Flecha/A: Digo que me registre, para ver si le he robado algo.

Harpagón/P: Eso es lo que quiero hacer.

Flecha/A: ¡Vaya con los avariciosos y la avaricia!

Harpagón/P: ¿Qué dices?

Flecha/A: Digo ¡vaya con los avariciosos y la avaricia!

Harpagón/P: ¿De quién hablas?

Flecha/A: De los avariciosos.

Harpagón/P: ¿Y quiénes son estos avariciosos?

Flecha/A: Una pandilla de ladrones.

Harpagón/P: ¿De quién quieres hablar?

Flecha/A: Yo no nombro a nadie.

Harpagón/P: Entonces cállate.

Flecha/A: Quien se pica, ajos come.

Harpagón/P: En fin ¿te vas a callar?

Flecha/A: Aquí hay otro bolsillo; ¿está contento?

Harpagón/P: Vamos, devuélvemelo sin que te registre.

Flecha/A: ¿Qué?

Harpagón/P: Lo que me has robado.

Flecha/A: Yo no le he robado nada.

Harpagón/P: ¿De verdad?

Flecha/A: De verdad.

Harpagón/P: Entonces vete al diablo.

Se vuelven a encender las luces.

Asistente: El periodista se convirtió en un gran actor especializado en la puesta en escena de Shakespeare. Representándolo con la meticulosidad y el rigor del historiador. Sus interpretaciones de Julieta y Lady Macbeth fueron memorables. Alguien vio en él un genio del teatro, pero él era un espíritu libre y mundano y lo demostró.

Periodista: El asistente trató de llamar su atención de mil maneras, participó en pruebas, fundó varias compañías, pero al final de su carrera la gente sólo se acordaba de él por dar el pie, un buen segundo actor y coprotagonista. Se entregó a todos los vicios y consiguió mantener una sombra misteriosa y ambigua en el escenario, que cautivaba al público, pero al mismo tiempo lo inquietaba.

¡Telón!

3. Más allá / Luigi Monfredini

(Título original: *Oltre*. Traducción Daniele Santobianchi - Belén Hernández)

Personajes: Giulia, Pietro, Fulvio, Filippo, Silvia, Sara, Sabrina, Antonio, Michela, Marino, Luciana, Morena, Eleonora, Fabrizia.

El escenario está vacío, los personajes lo amueblarán conforme vaya desarrollándose el espectáculo. Entra Giulia y mientras tanto se viste.

Giulia: Hay una cosa que mi madre me ha enseñado, y que inspira toda mi vida: cambiar de hombre a menudo. Siempre son inadecuados y tienen muchas pretensiones. Cuando acaba la pasión, solo queda la confusión.

Entra Pietro.

Pietro: ¿Dónde están mis calcetines?

Giulia: Mira en el frigorífico.

Pietro: ¿En el congelador?

Giulia: Sí, justo al lado de tu cerebro. ¡Dónde pueden estar tus calcetines! En el cajón.

Pietro: ¿Qué cajón?

Giulia coge una pistola y dispara a Pietro que se desploma al suelo.

Giulia: El cajón de la cómoda.

Pietro: Ya, pero si no me lo dices... (*se levanta y sale*) Sabes, en la vida hace falta comprensión.

Giulia: Pero, si tú no eres capaz de comprenderme, ¿qué hacemos?

Pietro sale del bastidor con un fusil. Dispara a Giulia que se desploma al suelo y luego sale otra vez.

Entran Fulvio y Filippo llevando una alfombra.

Fulvio: Y la alfombra, ¿dónde la ponemos?

Filippo: Hay que decidir rápido, porque pesa.

Giulia vuelve a levantarse.

Giulia: En la otra habitación.

Filippo: ¿Por qué, aquí no está bien?

Giulia: Porque esta es mi casa y decido yo.

Filippo: Es inútil discutir.

Fulvio: Tomemos nota de ello, y llevémosla a la otra habitación.

Giulia: Muy bien, ¡vayan!

Fulvio: Hay cierta electricidad en el aire.

Giulia: Espero que les recargue. Si siguen a este ritmo, ustedes terminarán la mudanza cuando me jubile.

Filippo: ¿Jubilación? Pues, en futuro nadie llegará a jubilarse.

Giulia: Es verdad. Somos una especie en extinción. Pero tal vez, antes de desaparecer, consigan poner esa alfombra.

Fulvio: Es probable que sí.

Filippo: Movámonos.

Salen. Entra Pietro.

Pietro: A esta camisa le falta un botón.

Giulia: Las camisas tampoco son perfectas.

Pietro: ¿Puedes coserlo tú?

Giulia: No tengo tiempo. Te aguantas.

Pietro: No puedes traicionarme así.

Giulia: Puedo, puedo.

Giulia sale.

Pietro: El mundo ha empeorado. Si tu mujer se niega a coser un botón en tu camisa, eso significa que ya no hay esperanza. Pues nos acostumbraremos a vivir sin botón.

Pietro sale. Entran Silvia, Sara y Sabrina

Silvia: No puedes apoyar la cultura. Hoy tienes que ser ignorante.

Sara: Ignorante, ¿en qué sentido?

Silvia: Pues, en el sentido materno.

Sara: ¿Debería estar embarazada para ser moderna?

Sabrina: Estoy en contra de la cultura que engorda.

Silvia: Pero estás a favor del amor.

Sabrina: Claro, tendré que tener algún principio, ¿no? Y además, la gimnasia es buena para levantar el ánimo.

Sara: El amor, ¿un principio?

Sabrina: Si no hay principio, no hay amor.

Silvia: Bueno, puedo afirmar que la cultura puede estar tranquila, ya ha sido olvidada porque ha triunfado la ignorancia.

Sara: Debes reconocer que la cultura es aburrida. Pretenciosa y también agobiante, y odia la superficialidad.

Sabrina: Qué no nombréis la superficialidad, sabe flotar perfectamente en las desgracias del mundo.

Sara: ¿Por qué no jugamos a la canasta?

Silvia: ¿Cómo lo hacemos? No hay ni una mesa.

Sara: Tampoco han terminado la mudanza.

Sabrina: Si esperamos a que éstos terminen la mudanza, nunca jugaremos. Las mudanzas son eternas en la vida.

Silvia: El problema es hallar los objetos que están en las cajas. No sé si Giulia podrá superar esta prueba.

Entra Antonio.

Antonio: Buenos días, disculpen las molestias.

Sara: Las molestias no se disculpan, se toleran.

Silvia: No haga caso a mi amiga. Dígame, ¿necesita algo?

Antonio: Sí, estoy buscando a la nueva propietaria de la casa.

Sabrina: ¿Quiere matarla?

Antonio: Pues, no. Solo quiero conocerla.

Sabrina: Es una mujer casada.

Antonio: No quiero cortejarla, solo me importa comprar la vivienda.

Sara: ¿Y eso? Ella acaba de comprarla y está haciendo la mudanza.

Silvia: Yo no creo que ella quiera venderla.

Antonio: No quiero negociar con ustedes, sino con ella. ¿Pueden presentármela?

Sara: Por supuesto.

Sabrina: Ciertamente.

Silvia: Con gran placer.

Sara: Pero, para presentársela tenemos que saber quién es usted.

Sabrina: Si usted es una buena persona.

Silvia: Respetable, honesto, digno de confianza.

Antonio: Me llamo Antonio Irsuto, soy un hombre de negocios y estoy aquí porque quiero comprar esta casa. Es todo muy fácil y transparente. ¿Quieren presentarme a su amiga?

Entra Pietro.

Pietro: ¿Ya estáis aquí? Todavía hay que colocar los muebles y vosotras ya estáis aquí.

Silvia: Pietro, ¿por qué vas a amueblar la casa si quieres venderla?

Pietro: Pero, ¿estáis ya borrachas por la mañana o qué?

Sabrina: Querido Pietro, te presento al señor Antonio Irsuto, que quiere comprar la casa.

Sara: ¡Anda! ¡Vaya golpe!

Pietro: ¿Es verdad lo que dicen estas locas?

Antonio: Es verdad, estoy interesado en comprar esta casa.

Pietro: Estamos en medio de una mudanza, acabamos de comprarla, figúrese usted si queremos venderla.

Antonio: Os voy a hacer una propuesta que no podréis rechazar.

Silvia: Frase mafiosa.

Sabrina: Sibilina y peligrosa.

Sara: Si no la aceptáis, os matará. A mí me parece sincero.

Pietro: ¡Basta ya! No soy impresionable, y además esta casa no es mía, mi mujer es la propietaria.

Antonio: Entonces, déjeme hablar con ella. Estoy harto de perder tiempo.

Entran Fulvio y Filippo.

Fulvio: ¿Qué problema tiene usted con los que pierden tiempo?

Filippo: Si uno lo pierde o si uno lo encuentra, al final siempre va a morir, ¿sabe?

Antonio: ¿Y éstos quiénes son?

Pietro: Son unos amigos que nos ayudan con la mudanza.

Antonio: Pues, entonces podéis parar porque la casa la voy a comprar yo.

Entra Giulia.

Giulia: Te había dicho que llamaras a una empresa de mudanzas y en cambio me has metido una bola.

Pietro: Cariño, da igual, se ahorra y ellos lo hacen igualmente bien.

Giulia: Con tus amigos los muebles se van a desplomar.

Antonio: Señora, ¿usted es la propietaria de todo esto?

Giulia: No, solo me he casado con él.

Antonio: ¿Cómo?

Giulia: ¿Usted no está hablando de mi marido?

Antonio: Estoy hablando de la vivienda, quiero comprarla.

Giulia: Pero no está en venta.

Antonio: Le ofrezco el doble de lo que usted la ha pagado.

Giulia: ¿Por qué?

Antonio: Bueno, asuntos míos.

Sara: Un hombre que derrocha el dinero, debe esconder algo, sí o sí.

Sabrina: Tal vez le haya tocado la lotería.

Silvia: Oiga, derrochador, ¿usted es un hombre casado?

Antonio: Sí, y quiero comprar esta casa.

Silvia: No quiere divorciarse, ¿verdad?

Sara: ¡Qué descarada eres!

Silvia: Deja que conteste.

Antonio: Yo quiero muchísimo a mi mujer. Y esta casa ya es suya.

Sabrina: Giulia, ¿quieres venderla?

Giulia: Ni siquiera estoy pensando en venderla.

Filippo: Entonces, ¿seguimos con la mudanza?

Fulvio: Todavía quedan muchos muebles que se pueden desplomar.

Pietro: Anda, tened cuidado que mi mujer me mata.

Giulia: Si se me desploma el salón, vosotros también vais a morir.

Antonio: Si no me venden la casa, ustedes van a morir.

Fulvio: Pero, ¿qué hace? ¿Nos está amenazando? ¿Quiere que le demos algún tortazo?

Filippo: ¿Aliñados con unas buenas patadas?

Antonio: No tengo miedo de ustedes.

Filippo: Pero nosotros le vamos a hacer daño. ¿Qué tiene que ver esto con el miedo?

Fulvio: Los atropellos alteran nuestro espíritu. De graciosos nos convertimos en peligrosos.

Pietro: Señor Irsuto, ¿ha escuchado a mi mujer? No quiere venderla, por eso puede irse.

Antonio: Les dejo un rato para que lo piensen, luego vengo.

Antonio sale.

Fulvio: ¿Dónde ha dejado el ‘rato’?

Filippo: A ti qué mas te da, ¿o es que quieres recogerlo?

Giulia: Chicos, en lugar de buscar el ‘rato’, tratad de descargar las cajas. ¿Queremos terminar la mudanza o no?

Pietro: Lo están haciendo.

Giulia: Solo con la mente.

Fulvio: Las mujeres siempre tienen prisa.

Filippo: Los resultados desmentirán este derrotismo. Venga, vámonos. Pietro, ven tú también.

Pietro: No estoy hecho para los trabajos pesados.

Fulvio: Los trabajos que te permiten descansar todavía no los han inventado.

Pietro: Entonces yo gestiono todo. La puerta está allí.

Fulvio: Información importante.

Filippo: Venga, movámonos.

Filippo, Pietro y Fulvio salen.

Giulia: ¿Ninguna de vosotras conoce al señor Irsuto?

Silvia: No, se ha presentado aquí de repente preguntando por la propietaria de la casa.

Sara: Nunca lo he visto. Y mira que yo suelo acordarme de los hombres.

Sabrina: Ha dicho que es un hombre de negocios. A mí me da escalofríos. Es siniestro.

Entra Fabrizia en chándal.

Fabrizia: Es verdad, me inquieta un poco el señor Irsuto. Disculpen la irrupción, soy Fabrizia, la vecina. Pasaba por aquí y he pensado en venir a conocerles.

Giulia: Encantada, soy Giulia, la dueña. Éstas son mis amigas, Sara, Sabrina y Silvia.

Fabrizia: Hola, encantada de conocerles.

Sabrina: Igualmente.

Silvia: Eso lo veremos, no confío mucho en los deportistas.

Sara: Pues, es simpática. Es de las que corren al aire libre y no van al gimnasio a oler el sudor de los demás.

Fabrizia: Pues, sí, yo siempre he preferido la contaminación atmosférica y las partículas finas al olor a cerrado y a moho que emanan los pies y las axilas humanas.

Giulia: No quiero que piense que soy curiosa. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Fabrizia: Claro, yo soy Fabrizia, la que transforma las charlas en noticia. Pregunte sin problema. Yo practico la curiosidad por profesión.

Silvia: ¿Cotilla?

Fabrizia: Periodista. Trabajo en una revista de chismes.

Sabrina: ¿El nombre de la revista?

Fabrizia: *Mentiras*. ¿La han leído alguna vez?

Silvia: Pues, me falta. No creo que sea muy interesante, y además no tendrá una tirada alta.

Sara: Yo la vi en el mercado una vez, la utilizaron para envolver el pescado.

Fabrizia: Los contenidos son inútiles y ligeros, pero el papel es resistente.

Giulia: Olvídense de mis amigas y dígame lo que sabe del señor Irsuto.

Fabrizia: Pues, es muy buena persona. Es un criminal exitoso. No salía con él, nos encontrábamos y nos saludábamos, «hola, ¿qué tal?» y ya está. Educado. No sé cuántas personas ha matado, pero aquí en nuestro barrio nunca han encontrado a un muerto en los contenedores de recogida selectiva, como ha ocurrido en los barrios de al lado.

Giulia: Quiere que le venda la casa que acabo de comprar.

Fabrizia: Claro, se ha encariñado con esta casa. Él la mandó construir, con mucho amor. Durante los trabajos murieron cinco albañiles, pero todos estaban sin contrato, pagados en negro, y él los hizo desaparecer, y todo acabó ahí. La casa es preciosa, usted ha hecho una buena compra.

Sabrina: ¿Es un hombre con mucho dinero?

Fabrizia: Blanqueaba dinero en el extranjero. Era un empresario renombrado en el sector de la extorsión, traficaba con droga, se comprometía a traer a nuestro país chicas extranjeras para que se prostituyeran, y además se le conocía por ser un buen criminal.

Sara: Éstas son las cualidades de un empresario deshinchado.

Fabrizia: Una persona siniestra, pero a la vez un juerguista. En invierno atropellaba a los mendigos con su coche para que pasaran algunos meses en el hospital sin pasar frío. Quiero decir, tenía también buenos sentimientos.

Giulia: ¿Cómo ha podido usted sobrevivir a un vecino como él?

Fabrizia: Iba armada.

Sara: Tal vez hubiera sido mejor venderle la casa.

Giulia: ¡Pero, a ver! ¡acabo de comprarla!

Sabrina: Ha dicho que os va a matar.

Giulia: En realidad ha dicho que nos va a matar a todos.

Fabrizia: Bueno, yo no les he contado nada. Pasaba por aquí casualmente.

Silvia: Quería asustarnos.

Sabrina: En mi caso lo ha conseguido.

Giulia: Venga, ¿tienes miedo de un fanfarrón?

Entran Michela y Marino.

Michela: Por desgracia no es un fanfarrón.

Marino: Si ha dicho que os va a matar, lo hará.

Fabrizia: ¿Qué había dicho yo? Una buena persona con un poco de misterio.

Giulia: ¿Cometería una masacre sólo porque no le voy a vender mi casa?

Marino: Seguro que sí. Es un hombre muy peligroso.

Fabrizia: ¿Han oído ustedes? Se lo decía yo. Pero si tengo que prestar declaración, voy a negarlo todo.

Michela: Llevamos dos años tratando de desenmascararlo.

Giulia: ¿Y ustedes quiénes son?

Marino: Policía. Lo seguimos desde hace muchos días.

Michela: ¿Por qué quería comprar esta casa?

Fabrizia: Para mí es sentimental, está apegado a los recuerdos de esta casa.

Giulia: No sé por qué. Pero, no está en venta.

Michela: Ustedes han rechazado la oferta. Entonces están en peligro.

Giulia: ¿Es verdad que es un criminal?

Marino: Todos los que le han llevado la contraria han fallecido.

Sabrina: ¿Todos?

Fabrizia: Es un empresario de éxito sin escrúpulos, eliminaba la competencia. Ponía bombas en los coches, quemaba cobertizos, secuestraba familiares... o sea, se comprometía mucho para ganar.

Marino: Por desgracia nunca hemos logrado encontrar pruebas para arrestarlo.

Silvia: Enhorabuena por la eficiencia.

Sabrina: Y entonces hay que tenerle miedo.

Sara: Tranquila, que tú ya se lo tienes. No te agobies, ya estás preparada.

Fabrizia: Yo también me siento un poco inquieta y no es culpa de la dieta.

Giulia: A ver, si ustedes lo saben, pueden protegernos.

Michela: Contra una bomba nadie puede protegerles.

Marino: Al señor Antonio Irsuto le encanta provocar la explosión de sus enemigos.

Giulia: Tal vez sea mejor que avise a Pietro de la situación.

Sabrina: Es mejor que vendas esta casa.

Giulia: No tomo decisiones deprisa.

Sabrina: Mientras vivas, puedes permitirte lo.

Giulia: Basta ya, no soy impresionable. Voy a hablar con Pietro.

Giula sale.

Marino: Vamos, es el caso de vigilar al señor Irsuto.

Michela: Por supuesto. Hasta luego, señoras, y cuidado con no perder la piel.

Marino: Y no en el sentido del cutis; aún no han inventado una pomada para las explosiones.

Michela: ¡Púm! Y se acaba todo.

Marino y Michela salen.

Fabrizia: Ustedes tienen una amiga muy valiente. ¿Se hace la cera sola?

Sabrina: Ha llegado el momento de irme de viaje a Cuba, ¿os apetece venir conmigo?

Silvia: Si pagas tú, claro que voy.

Sara: Entonces tu vida terminará aquí, porque Sabrina es muy agarrada.

Sabrina: Tendré que pedir un préstamo para comprar el billete.

Sara: Ya he comprendido que tendremos que morir aquí.

Silvia: ¡Qué morir, morir! Tenemos que vivir, el destino nadie puede cambiarlo.

Sara: ¿Será verdad?

Sabrina: ¿Estamos hablando de asuntos existenciales? Entonces estamos en peligro de verdad.

Fabrizia: Creo que en esta historia hay material interesante para escribir un buen artículo, aunque existe algún peligro.

Silvia: Vamos a ver qué han decidido Pietro y Giulia, ya que mucho depende de ellos.

Fabrizia: Yo también voy.

Sabrina: Eso es exactamente lo que me inquieta.

Sara: No, tú eres inquieta por naturaleza.

Salen todas y enseguida entran Luciana, Morena y Eleonora.

Luciana: Pasen, pasen. Esta es la casa y dentro de poco estará en venta, será suficiente una pequeña renovación y si ustedes la compran, harán un buen negocio.

Morena: ¿Cómo puede decir todo esto? Si no me equivoco, están haciendo una mudanza.

Eleonora: Luciana es una pitonisa inmobiliaria. Ella consigue prever el futuro de las viviendas.

Morena: ¿Solo de las viviendas? ¿Y de las personas no?

Luciana: Soy una pitonisa del ladrillo. Sabe, es menos aterrador asistir a la desgracia de una casa que asistir a la muerte de las personas. Conocer el futuro es algo muy comprometedor, por eso me he especializado en el sector inmobiliario. Y siempre adivino.

Morena: ¿Y cómo ha descubierto estas capacidades?

Luciana: Se me ha caído una teja en la cabeza y no se ha roto.

Morena: ¿La cabeza o la teja?

Luciana: La teja. Quince puntos de sutura en la cabeza.

Eleonora: Pero después del incidente se presentaron las visiones.

Luciana: Era suficiente mirar una casa para saber qué le había ocurrido. De los daños causados por el granizo a los problemas con la hipoteca, cuando estaría libre o destruida, del rascacielo al estudio, las viviendas me cuentan su futuro.

Morena: Es increíble. ¿Qué le va a pasar a esta casa?

Luciana: Una explosión destruirá parte de ella. La pondrán en venta y con una pequeña renovación todo volverá a estar como nuevo. Pueden comprarla así, destruida, la renovarán con poco dinero y habrán hecho un buen negocio.

Eleonora: ¡Estupendo! ¡Qué suerte sería tener una amiga como usted!

Morena: Pero, ¿en serio habrá una explosión? Y quizás muchos muertos. Hay que hacer algo, avisar a alguien.

Eleonora: ¿Pero quién te creería? Pensarían de ti que estás loca. La gente se reiría de ti.

Luciana: Desafortunadamente es así. Nadie cree en mis visiones, así que las utilizo para llevar a cabo algunos negocios. Es cierto que los negocios no tienen piedad ni corazón. Yo soy una vidente, no todo lo que veo se cumple, hay muchas variables pero suelo adivinar mis previsiones.

Eleonora: Pues, echemos un vistazo a la casa. ¿La bomba dónde la habrán colocado?

Luciana: En esta misma habitación. La explosión no va a ser muy devastadora y los muros de carga no sufrirán daños.

Morena: Tenemos que hacer algo para evitar que la bomba estalle.

Eleonora: ¿Y renunciar a nuestro negocio inmobiliario?

Morena: Más vale evitar una masacre que hacer un negocio.

Eleonora: Pero, mira a tu alrededor, es todo un desastre, y hay que aprovechar de los desastres para hacer negocios.

Luciana: Los terremotos, los maremotos, los desprendimientos representan la fuente de los negocios, y lo importante es no convertirse en víctimas de ellos.

Eleonora: ¡Qué reflexión más profunda!

Luciana: Gracias.

Morena: Esto es cinismo.

Luciana: Respuesta correcta. Enhorabuena.

Entran Fulvio y Filippo que llevan una silla cogiéndola de las patas, y se mueven con cautela.

Fulvio: Despacio, y no aprietes mucho con tus manos que así la vas a arañar.

Filippo: Ten cuidado tú, que tienes las uñas largas.

Fulvio: Pongámosla aquí.

Filippo: La bajamos lentamente, hasta que toque el suelo.

Fulvio: Aterrizaje perfecto. Hemos alcanzado nuestro destino.

Filippo: Otro trabajo llevado a cabo perfectamente. Cuando uno tiene elegancia en los gestos y cada movimiento es ejecutado impecablemente para alcanzar la perfección sin agotarse.

Morena: Sin agotarse, claro, dos personas para llevar una silla.

Fulvio: Usted es una mujer que no ama la estética, ¿verdad?

Morena: No, soy una mujer que reconoce a los holgazanes, aunque se escondan tras supuestas cualidades artísticas o estéticas.

Filippo: Morena, he reconocido en tu comentario sarcástico algo familiar. ¿No te acuerdas de mí? Soy Filippo, te eché los tejos durante dos o tres meses, estábamos en la misma clase.

Morena: La peor época de mi vida. Pues, esperaba no volver a verte.

Filippo: Estaba seguro de que te caía bien.

Morena: Como una mosca cojonera, sin posibilidad de cura.

Fulvio: Veo que provocas un buen efecto en las mujeres.

Filippo: Me gusta su hosquedad. Es una mujer que odia las convenciones y los estereotipos y tiene una personalidad muy fuerte. Por eso me enamoré de ella.

Fulvio: Entonces, ¿no le gustaba nada mi amigo?

Morena: A ver, ¿cómo le puede gustar a una el campeón de eructos de la escuela?

Filippo: Admito que entonces era un poco bruto, pero con el tiempo he mejorado.

Morena: ¿Te has convertido en el campeón de eructos de la ciudad?

Filippo: Ya he dejado de competir.

Fulvio: Disculpen, ¿qué hacen ustedes aquí?

Eleonora: Estamos interesadas en comprar la casa.

Fulvio: ¿Ustedes también? Pero no está en venta.

Luciana: Antes o después, lo estará.

Eleonora: Me gustaría ver las otras habitaciones.

Filippo: El cuarto y la cocina ya tienen sus muebles, claro está que se trata de una propuesta de disposición. Si fuera mi casa, lo cambiaría todo, es cuestión de gustos.

Fulvio: O de disgustos.

Filippo: ¿No te gusta cómo he amueblado mi casa?

Fulvio: ¿Está amueblada?

Filippo: Claro, y con material reciclado.

Fulvio: Pues, creía que era un depósito.

Filippo: Así me ofendes. Tengo un alto sentido de la estética.

Fulvio: ¿Y qué me dices del comedero en el aseo?

Filippo: Yo voy muy por delante de ti.

Entran Giulia y Pietro.

Pietro: Tal vez sería mejor vender la casa. No podemos poner en peligro nuestra vida por una vivienda.

Giulia: Pero ¿tú sabes lo mucho que he tardado en encontrarla? Y ahora la vendo en un tris, al primer delincuente que la quiera y que amenaza con matarme.

Pietro: No me parece una amenaza de poca monta.

Giulia: Yo no lo creo. ¿Y usted quién es?

Luciana: Encantada, Luciana, una profetisa inmobiliaria.

Giulia: ¿Perdone?

Eleonora: Es capaz de prever el futuro de las viviendas, su destino.

Giulia: ¿Y?

Morena: Parece que esta casa va a explotar.

Pietro: ¿Un escape de gas?

Luciana: Una bomba.

Pietro: ¡Mierda!

Giulia: Pietro, modera tu lenguaje.

Filippo: Intenta decir ‘caca’.

Fulvio: Es más bonito ‘popó’.

Pietro: Mierda está súper bien. A ver, alguien está planeando la explosión de esta casa y aquí discutimos de deyecciones. Giulia, ¿te estás enterando de la situación o qué?

Giulia: No confío en los rumores y tampoco en las pitonisas inmobiliarias. No voy a vender mi casa.

Entra Antonio Irsuto.

Antonio: Esta obstinación la llevará a la tumba.

Luciana: Es el explosionista.

Eleonora: ¿Es él quién colocará el explosivo?

Luciana: Percibo que es él, la casa tiene miedo, en los sótanos la humedad se ha secado.

Giulia: Por favor, ¿no quiero que vuelva a venir a mi casa, vale? No voy a vender la vivienda.

Antonio: ¿Es su última palabra?

Pietro: No, podemos seguir hablando de ello. Al final, ¿hay algo en esta vida que sea definitivo?

Antonio: La muerte.

Pietro: He dicho en esta vida. ¿Ve que no nos entendemos?

Giulia: Pietro, no seas cobarde.

Morena: ¿Usted mataría por una casa?

Antonio: ¿Usted no?

Morena: Yo estoy en contra de la violencia.

Antonio: Entonces no tenemos más que hablar.

Morena: Estoy de acuerdo. Esta falta de comunicación me hace feliz.

Antonio: La felicidad y la infelicidad no son importantes a la hora de morir. Lo digo por experiencia.

Morena: ¿Por qué? ¿Usted ya ha muerto?

Antonio: En algún sentido, sí. He frecuentado la muerte y entiendo su sentido trágico y sublime.

Giulia: Debate interesante, pero yo tengo que terminar la mudanza. Éstos son buenos sólo para perder tiempo, y encima dirigidos por mi marido no conseguirán terminar nada y al final estarán orgullosos. Así que, por favor, salgan de aquí, porque tenemos que trabajar.

Antonio: ¿Quieren morir ustedes?

Giulia: ¿Pueden irse, por favor? Hoy no estoy de humor para recibir visitas.

Entran Silvia, Sara, Sabrina y Fabrizia.

Silvia: Aquí estamos.

Sara: Hemos dado un paseo.

Sabrina: Y hemos traído una bandeja con pasteles.

Silvia: Para celebrar juntos el día de la mudanza.

Fabrizia: La pastelería se la he aconsejado yo. Soy muy golosa.

Sabrina: Sara, descorcha una botella de cava.

Sara: Tomad, aquí tenéis los vasos.

Giulia saca la pistola y empieza a disparar. Antes de caerse al suelo por el golpe de los proyectiles, los personajes se pasan la bandeja con pasteles, comiéndolos y bebiendo el cava. Entran Marino y Michela, que disparan a Giulia, la cual se cae al suelo, alcanza la bandeja que ofrece a los policías que mientras tanto apartan las pistolas y comen los pasteles.

Marino: ¡Qué ricos! Necesitaba un poco de azúcar para suavizar la amargura de la vida.

Michela: Deliciosos de verdad. Sobre todo después de un tiroteo hacen que uno se reconcilie con los que han sobrevivido.

Todos se levantan.

Sara: Deseo mucha felicidad a esta casa, a este nido de amor donde nuestros tortolitos vivirán en la infelicidad cotidiana.

Sabrina: En la banalidad sentimental, en el tedio de los sentidos, en el maravilloso choque de opiniones, buscando esa armonía de los destinos estorbada por el mal olor de los calcetines.

Silvia: Alegría y felicidad en esta casa, donde el polvo caerá implacable, donde una relación inestable superará las dificultades, los muchos complejos, las derrotas de la vida, considerándolos como éxitos.

Giulia: Gracias, con amigas como vosotras no me hace falta tener enemigos.

Fabrizia: ¿Son también una pareja en crisis? Estupendo.

Pietro: Llevamos ya tres años casados, hemos tenido solo seis crisis y, como podéis ver, todavía seguimos juntos. Hoy por hoy lo que más nos une es la hipoteca, los plazos del amor que nos acompañarán toda la vida.

Giulia: Yo todavía me pregunto por qué me casé con él.

Fabrizia: Es una pregunta que las mujeres a menudo nos hacemos. Y a veces no conseguimos encontrar la respuesta.

Pietro: Por amor. No resististe a los encantos del macho alfa. Reconociste mis incapacidades, mis muchas debilidades, la suprema cobardía que me caracteriza. En otras palabras, te casaste conmigo por compasión.

Fabrizia: Es nuestro buen corazón el que nos jode.

Giulia: He hecho una buena acción y he destrozado mi vida.

Eleonora: No se preocupe, será solo por un corto tiempo, la casa explotará y ustedes alcanzarán la felicidad. ¿Verdad, señor...?

Antonio: Irsuto, Antonio es mi nombre. Si no me van a vender la casa, todo explotará.

Luciana: Yo lo he predicho. Soy una pitonisa inmobiliaria y si acaso necesitan un consejo, esta es mi tarjeta de visita (*ofrece tarjetas*). Si quieren conocer el destino de su vivienda, de una casa de campo, de playa o de montaña, la pitonisa inmobiliaria les propondrá soluciones interesantes.

Fabrizia: ¡Qué bien! ¿Le gustaría ocuparse de una columna en la revista *Mentiras* hablando de las viviendas de las celebridades?

Luciana: Ni se imagina lo que dicen las paredes acerca de las fiestas que organizan.

Fabrizia: Hable, hable.

Luciana: Me informó una piscina que durante un baño de noche... Pues, que se alteraban...

Fabrizia: ¿Sabe también los nombres? Empresarios, políticos, artistas, estilistas...

Luciana: Es gente que haría avergonzar incluso a los sátiros. Pero creo que voy a soltar todo solo después de que ustedes me paguen.

Fabrizia: Avariciosa.

Luciana: Ya se sabe que el ladrillo cuesta y valora siempre la propuesta. (*Le entrega una tarjeta de visita*) Pues, gratis la verdad tiene traspuesta.

Morena: Un momento, este hombre amenaza con colocar una bomba en esta casa ¿y los policías no hacen nada?

Michela: ¿Qué podemos hacer? Por ahora solo existen charlas y las intenciones no son un delito.

Marino: Si tuviéramos que arrestar a todos los que amenazan, no serían suficientes las cárceles del mundo.

Fabrizia: Hoy a nadie se le niega una amenaza.

Michela: Entendemos lo grave que es el problema, pero no tenemos la solución. Aunque en este caso bastaría con vender la casa.

Eleonora: No, no hay que evitar la explosión. Yo tengo que comprar esta casa, me encanta su historia horrible y a la vez estúpida. Pues, los negocios se hacen cuando hay desgracias, no podemos destruir malicias porque tengáis ganas de caricias.

Marino: ¿Cómo lo ha adivinado? Yo por una caricia haría de todo. ¿Usted qué quiere en cambio de cariño?

Eleonora: ¿Pero usted es un policía?

Marino: No siempre. Cuando me quito el uniforme soy un hombre cualquiera, y tengo las mismas pasiones que los demás y aprovecho las ocasiones. ¿Le apetece salir a cenar conmigo?

Fabrizia: Los hombres que están cachondos y hambrientos son peligrosos.

Michela: No vaya, tratará de hacerle pagar la cuenta.

Eleonora: Lo siento, pero no tengo hambre.

Marino: Yo también lo siento. Un mundo que no valora el galanteo no tiene futuro.

Antonio: Ninguno de ustedes tendrá futuro. El futuro no es un derecho y no lo tendrán hasta que no hagan lo que digo. Su pobre vida está pendiente de un hilo que está a punto de romperse.

Filippo: Si no paras, te doy una paliza y la pared te dará otra.

Fulvio: Filippo, quieto que la violencia nunca ha solucionado nada. Hace falta persuasión y convicción. Es necesario que reflexione y entienda que la prepotencia es algo malo, y luego si sigue amenazando, le arrancamos los huevos y ¡qué se los trague!

Filippo: ¿Está claro el concepto?

Fabrizia: Estos chicos demuestran mucha energía.

Antonio: Pequeños hombres presumidos, no saben contra quién se están metiendo. Puedo aniquilarles con un gesto, no me provoquen, mi rabia es mala y sin piedad, ama la destrucción total y les hará mucho daño.

Morena: Este hombre me da asco. Es un ser odioso, sin moral, y si va a morir nadie le echará de menos.

Pietro: Pues, venga, aquí tenemos que terminar la mudanza. Bueno, gracias por felicitarnos, la fiesta se acabó y se vuelve a trabajar.

Antonio: Todavía no me creen, ¿piensan que estoy de broma? Esta mudanza es inútil.

Giulia: La mitad de las cosas que he hecho en mi vida han resultado inútiles, y esta mudanza será una más. Venga, por favor, salgan de aquí porque por ahora soy yo la que manda en esta casa.

Antonio: Esta es la típica arrogancia de una propietaria que no conoce la hospitalidad.

Giulia: No imaginaba que los dinamiteros cuidaran tanto la forma y la educación. De todos modos, se lo repito: salgan de mi casa.

Antonio: Tal vez hoy o mañana, dentro de un mes, en cuanto se me presente la ocasión, pondré en práctica mi amenaza. Su casa o será mía o de nadie, es una cuestión sentimental, por eso no puedo rendirme o cambiar de idea. Además, su desaparición no será muy grave para el mundo.

Silvia: ¿Desde cuando es usted portavoz del mundo?

Antonio: Desde que utilizo los explosivos para imponer mis opiniones.

Sabrina: Perdonádmeme pero tengo que coger un avión con destino a Cuba que sale dentro de una hora.

Morena: Me cuesta creer a todo lo que he oído y visto, aquí todo el mundo está loco.

Sara: Esperaba que no se viera, pero si se ve, eso significa que es así. Eso demuestra que antes o después, la verdad siempre sale a flote y flota como la caca en el agua de las alcantarillas. Qué imagen más bonita, ¿eh?

Fabrizia: Es un poco fuerte pero explica muy bien lo asqueroso que es la imagen.

Pietro: ¡Basta ya! Todo el mundo fuera, necesito pensar. Tengo que hablar con mi mujer.

Luciana: A veces es suficiente la amenaza de una explosión para que dos cónyuges se reconcilien. ¿Cuántas relaciones se podrían salvar con una bomba?

Eleonora: No me importa nada de estas historias, salgamos. Y por favor, señor Antonio, coloque la bomba en la casa. Cuento con ello. ¡Adiós a todos y buena explosión! (*Sale*)

Luciana: No es una mala persona, es codiciosa, no le importan nada los demás, pero se viste bien y va siempre muy elegante. Le importa la imagen, pero el tiempo es inexorable.

Morena: Al fin y al cabo, lo bueno que le queda es su apariencia exterior, para pretender ser lo que no es. Entonces, es una imbécil bien vestida, que me da trabajo. Voy, soy su secretaria, tengo que ir allí.

Luciana: Yo también voy. Volveremos después de la explosión.

Antonio: Tranquilas, volverá.

Luciana: Ya lo sé, gracias. Soy pitonisa inmobiliaria, no puedo fallar.

Morena y Luciana salen.

Fabrizia: Yo conozco a la señora Eleonora, se casó cuatro o cinco veces y siempre por interés. Es especialista en casarse con viejos adinerados, que han fallecido pronto dejándole herencias considerables. En fin, se concedía a todo el mundo por interés.

Sabrina: Tal vez la atraían las personas mayores, lo que además requiere poco esfuerzo.

Silvia: Bueno, pero hay que ser buena en cambiar pañales.

Sara: Ha dicho viejos adinerados, y este es un problema que se soluciona con el dinero.

Giulia: ¿Y bien? ¿Estáis aquí todavía? ¿Queréis quitarnos de en medio, o qué?

Antonio: Adiós. Después de la explosión, podremos vernos solo en el más allá. ¡Qué cosa más tonta morir por una vivienda!

Antonio sale.

Filippo: Pietro, si quieres, Fulvio y yo intentamos eliminar el problema.

Fabrizia: ¡Qué fuertes y voluntariosos son sus amigos!

Pietro: Les gusta meterse en líos.

Marino: Cuidado, si ustedes hacen algo ilegal, me veré obligado a arrestarles.

Fulvio: ¡Vaya cuanta delicadeza con nosotros!

Michela: Vosotros sois un par de infelices, es fácil que os arresten como ratas. En cambio el señor Irsuto, tiene un ejército de abogados que nos harían pasarlas canutas.

Fulvio: Pues, a ver, yo también sería capaz de hacerlos pasarlas como ratas.

Filippo: Aquí no estamos hablando de ratones ni ratas coloradas. No están tratando de arrestar a Irsuto, sino que lo están protegiendo.

Marino: Nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber, estamos al servicio del poder.

Michela: ¿Vosotros seguís creyendo que la ley es igual para todos? Cuidado con lo que hacéis. Marino, vamos a ver lo que está haciendo Irsuto. Dicho esto, me despido.

Marino: Es buena, sabe cuál es su deber, y además tiene también un buen culito. Adiós.

Michela y Marino salen.

Sara: Giulia, ¿quieres que nos vayamos nosotras también? Sabes, a mí me gustaría escuchar lo que Pietro va a decir. Cuando quieren engañarte, los hombres se inventan todo tipo de cosas.

Giulia: Marchaos, por favor, mi marido y yo necesitamos estar un momento a solas. Queremos pelearnos sin testigos.

Silvia: Estas son las verdaderas ventajas de casarse, así debería ser.

Sabrina: Os mandaré una postal con saludos desde Cuba.

Fabrizia: Mándame una a mí también, ya que suelo coleccionar sellos.

Sara, Silvia, Sabrina y Fabrizia salen.

Pietro: Marchaos vosotros también, y mirad lo que falta por descargar.

Fulvio: ¡Filippo, ven! como siempre nos toca la parte más pesada de la vida.

Filippo: Hagámoslo mientras tengamos fuerzas, y nunca olvidémos quejarnos, porque yo estoy seguro de que no nacimos para trabajar, pero debemos hacerlo. Esto es lo que no me gusta de la vida. Hay algo que no me cuadra.

Fulvio: ¿Cuadra? ¿O triangula?

Fulvio y Filippo salen.

Pietro: Es una situación absurda. Mira lo que nos va a pasar.

Giulia: Yo no vendo esta casa. Nadie puede pretender cambiar mi destino.

Pietro: Mi amor, el destino no depende de nosotros. Llega de repente sin considerar nuestros proyectos y nuestros sueños. Algunos conseguimos realizarlos, otros no. Tal vez esta casa no sea la casa adecuada para nosotros.

Giulia: ¿Y tú quieres hacer otra mudanza? ¿En medio de esta?

Pietro: Lo sé, es difícil, pero no tenemos otra opción. Vendámosla.

Giulia: Eres un cobarde.

Pietro: Mejor un cobarde vivo que un héroe muerto.

Giulia: No estoy segura de esto. (*Le da una paliza a Pietro*)

Pietro: ¡Estás como una cabra! (*La agarra de las muñecas*) Por una vez en la vida, ¿puedes hacer lo que yo te digo?

Giulia: No, cariño. (*Lo patea en la parte inferior del abdomen, Pietro se agacha y llega a la silla, donde se sienta dolorido*)

Pietro: ¡Qué dolor atroz! Qué dolor atroz!

Giulia: Eres un hombre inútil, no me haces falta. (*Sale por el bastidor y luego vuelve con una cuerda con la que ata a Pietro a la silla*)

Pietro: ¿Qué haces? Me has dado solo una patada a los huevos y esto no afecta a mi virilidad, por eso todavía puedo ser útil. El hinchazón desaparecerá y todo volverá a ser como antes. ¡Ay, qué dolor atroz!

Giulia: Como no quieres ayudarme, por lo menos así no me vas a incordiar.

Pietro: Giulia, has perdido la cabeza. Lo sé que las mudanzas son estresantes. Anda, sé buena, desátame.

Giulia: No voy a vender mi casa. Esto será un nido de amor o un nido de dolor. Tú eliges. (*Saca del pecho una navaja*) No se renuncia a un proyecto de vida porque alguien lo está amenazando.

Pietro: Mi amor, has trabajado mucho en los últimos tiempos, ¿nos vamos de vacaciones?

Giulia: ¿Te corto la nariz o las orejas?

Pietro: Preferiría la barba.

Giulia: Demasiado fácil, mi amor. Estás intentando aprovecharte de mí también en esta situación, nada de barba, nada de camisas planchadas, nada de comidas, nada de amor, nada de limpieza.

Pietro: ¿Y cómo podrás pagarte sola los plazos de la hipoteca? Tenemos que estar juntos, no puedes hacerme pedazos. No tenemos seguro contra las bombas y el préstamo hay que pagarlo en todo caso.

Giulia: Es verdad, son los bancos los que arruinan la felicidad. Mi amor, perdón, no sé lo que me ha pasado. (*Le da un beso*)

Entran Fulvio y Filippo llevando ambos la misma silla.

Fulvio: Despacio, hay polvo en el aire y se puede arañar el esmalte de la silla.

Filippo: Tranquilo, más despacio que así es imposible. ¡Mira!

Fulvio: ¿Amor sadomasoquista? ¿Has visto qué moderno es Pietro?

Filippo: Pues, yo de eso no entiendo mucho. Pero él está atado y ella, lo besa con un arma blanca en la mano. Esto no es una relación normal.

Fulvio: Pues, hay que tener agallas para meterse a hacer juegos eróticos en esta situación.

Filippo: Poco cerebro y mucha pasión. A ver, ponemos la silla en el suelo porque pesa.

Fulvio: Lentamente y con levedad. (*La dejan caer al suelo*)

Filippo: ¡Qué satisfacción cuando un trabajo te sale bien!

Fulvio: ¡Perdonad! ¡a ver!, si las cuerdas arañan la silla, nadie puede echarnos la culpa.

Giulia: ¿Cómo? Pietro se echará la culpa, porque ha querido él que lo atara.

Pietro: Para probar la emoción de quien no quiere levantar su culito de la silla.

Filippo: Pero no hace falta atarte a la silla, por instinto no sueles levantar tu culo.

Pietro: Vale, ahora desatádme.

Giulia: Un momento. ¿Harás lo que quiero yo?

Pietro: Siempre lo he hecho. Todos tus deseos son una orden. Si quieres enfrentarte con una bomba, lo haremos juntos.

Giulia: Gracias, amor.

Filippo: Si lo desata, Pietro se escapará enseguida, nunca ha sido un gran héroe.

Fulvio: Nosotros tampoco lo somos. Los héroes son pocos, y analizando mejor, todos somos un poco gallinas.

Pietro: Yo conozco solo a dos que son muy gallinas. ¿Tengo que decir los nombres?

Giulia: A ver, amor, ahora estás libre. Puedes ir donde te apetezca.

Pietro: Gracias por la confianza demostrada. ¡Adiós a todos! (*Corre hacia el bastidor y sale*)

Giulia: ¡Adiós! ¿Quizás volverá?

Fulvio: Depende de la vergüenza, si ésta supera la cobardía, entonces vuelve.

Filippo: Venga, vamos al bar a tomar algo fuerte.

Giulia: Desde esta mañana es la primera propuesta con sentido.

Fulvio: Esto demuestra que la vida es sorprendente porque si no puedes solucionar un problema siempre puedes crear otro.

Salen. Entra Fabrizia que está hablando al móvil.

Fabrizia: ¿Es la redacción de la revista *Mentiras*? Soy Fabrizia, tengo unas cuantas novedades: ¿te acuerdas de Irsuto, ese criminal tan guapo? Sí, exactamente él... que ataba a las personas mayores en la residencia de ancianos. Un señor muy elegante, inquietante, pero adinerado. Sabes que ha estado en prisión, por precisión de los jueces que querían que se respetara la ley. De todos modos ya ha salido y amenaza con hacer explotar su casa si no la venden otra vez a él. Una joven pareja de desprevenidos, con un montón de problemas. Te he llamado para decirte que me dejes un espacio para la edición de mañana; ahora me invento un artículo y luego te lo mando. De todas formas, avisa a la peluquera, Sandra, para que esté al loro de lo que se va didiendo por ahí. Y que salga nuestro comité de cotillas, para que apunten las notas rosa. ¿Tía Elvira tiene gripe? ¡Qué lástima! A ver si está Pina, aunque está sorda, mejor que nada. Luego nos vemos, adiós. Sí, es una bomba, ya verás que esta vez será un boom. (*Apaga el móvil*) ¡Qué emocionada estoy! Esta no es la historia de vips que se quitan el slip, se trata de una noticia real. No se me escapará la ocasión, a costa de colocar la bomba yo misma.

Sale. Un rato después entran Luciana, Eleonora y Morena que tiene un cuaderno en la mano donde está garabateando.

Eleonora: Rápido, no hay nadie, dibuja el plano de la casa. Lo necesito para la reforma y la decoración. No sé el por qué, pero esta casa me intriga muchísimo. Y quiero dejar mi huella en su historia. Un trazo artístico que nunca olvide nadie.

Morena: Conseguiré solo hacer un esbozo no muy preciso.

Luciana: Soy una pitonisa inmobiliaria profesional, ¿le hace falta el metro?

Morena: Sería útil.

Luciana: Toma, tira de aquí. (*De su bolso aparece la punta de un metro enrollable, que se utilizará para medir la habitación*) Empezamos por la pared trasera. Estoy segura de que no se va a derrumbar. Resistirá a la explosión como un estúpido capricho.

Eleonora: Pero a mí no me gusta, la derribaré. Por ese lado hay una vista espectacular sobre mi casa. No es por que sea mi casa, pero es la más bonita de la ciudad. Es una construcción ilegal, pero es muy hermosa.

Morena: Necesito saber la altura de la pared.

Luciana: Espera un segundo. (*Siempre del bolso aparece otro metro que se dirige hacia arriba*) Mira. Este es un bolso de mediciones, único modelo en el mundo. (*De los diferentes ángulos del bolso saca muchísimos metros, que convierten el bolso en un objeto raro y absurdo*). Interesante, ¿verdad? Un arquitecto intentó robármelo. Intentó arrebatar-

me el bolso, sin éxito, porque yo le golpeé en la cabeza y ahora trabaja de peón. El único problema es que en su interior no cabe ni un lápiz de labios.

Eleonora: Incómodo. No es un bolso, es una herramienta. Pero ¿cómo puede salir uno de su casa sin un bolso en condiciones? Yo necesito llevar el cepillo, los polvos de tocador, el rimel, el esmalte, el spray de pimienta antirobos, los pañuelos perfumados, los guantes, el antidepresivo, la crema de manos, los caramelos para el mal aliento, el perfume.

Luciana: Entiendo. Pero yo tengo que dar prioridad a la profesión y no a la estética.

Eleonora: Tiene que ser difícil vivir así.

Morena: He terminado. ¿Hace falta algo más? ¿Tengo que dibujar el baño con todas las piezas?

Eleonora: Está bien así. Ya que el baño lo voy a reformar completamente. He visto unas baldosas maravillosas y unos sanitarios antiestreñimiento que son una monada.

Morena: En otras palabras: ¡son una mierda! Mejor nos vamos, antes de que vuelvan los dueños.

Eleonora: Espera un momento. Luciana, como pitonisa inmobiliaria, deberías saber porque el señor Irsuto quiere comprar esta casa a costa de hacer que explote.

Morena: Es muy raro, sin sentido, solo puede entrar en una cabeza criminal. Esto es un disparate.

Luciana: No es fácil, pero si queréis saberlo, probaré. Cuidado. (*Coge su bolso y mientras prepara la premonición, desenrolla los muchos metros que vuelven a su posición inicial*) Hogar dulce hogar, ¿qué secretos oscuros escondes en los muros? Qué hay en los cimientos, dime, haz que no tenga tormentos, quítame cualquier sospecha visionando la casa de izquierda a derecha. Cuéntame lo que ha pasado, o si algo ha sido tapiado. Revélame tus confidencias, las grietas, el ruido de las flatulencias.

Morena: Espero que sea una licencia poética.

Eleonora: Es maravilloso observar la energía de esta mujer.

Morena: Por ahora no ha dicho nada.

Eleonora: ¡Ya está bien de escepticismo, hay que tener fe!

Morena: Yo no puedo creer a todas las chorradas del mundo.

Eleonora: ¡Calla, está a punto de darnos la respuesta!

Morena: Temo por nuestro futuro.

Luciana: ¡Madre mía, es una cosa terrible! ¡Una cosa terrible! (*Sale corriendo*)

Eleonora: ¿Qué habrá visto?

Morena: Nada. Por eso se ha ido corriendo. No sabía qué decir.

Eleonora: Pero tenía cara de miedo y estaba asustada. Vamos, tenemos que seguirla. (*Sale*)

Morena: Si es un deber, es un deber. Si pudiera, lo evitaría, pero desde que nací nunca hago lo que quiero. De seguir así, antes o después toparemos con una pared. Así perderemos los dientes y el resto de la vida lo pasaremos pagando dentistas. ¡Qué mundo! ¡Qué gente! (*Sale*)

Entran Sara, Sabrina y Silvia empujando a Pietro.

Silvia: ¿Cómo has podido irte y dejar a Giulia sola?

Pietro: Está acostumbrada, yo siempre huyo ante las dificultades. Soy un cobarde y no quiero morir por una casa.

Sabrina: Te entiendo, ellos no saben lo que es el miedo.

Sara: Esto puede ser un atenuante, pero demuestra que el amor no solo es ciego, sino también idiota.

Sabrina: Vosotros no sabéis qué tormento dan las emociones encontradas. Sentir atracción y repulsión por un hombre. Querer huir y quedarse, dar amor y no darlo.

Sara: Tu problema es encontrar a un hombre que quiera tu amor.

Sabrina: ¡Qué mala eres!

Sara: Y tú una tonta.

Silvia: ¡Basta ya! ¡No os peleéis! Ahora el problema es que Pietro se ha escapado.

Sabrina: Pero ha vuelto.

Silvia: Lo hemos empujado las tres.

Pietro: Pero no he opuesto mucha resistencia.

Sara: Se me han roto las uñas al empujarte.

Pietro: No es que no quisiera venir, es que no podía.

Sabrina: Ataque de pánico, ¿verdad?

Pietro: No. Vergüenza.

Sabrina: Entonces, puede que para ti todavía haya esperanza. Cuando el amor supera el miedo, es una buena señal.

Sara: Si yo fuera Giulia, no querría verte más.

Sabrina: Tú eres algo extremista, no admites que uno pueda fallar y luego redimirse.

Sara: Para seguir fallando, ¿verdad?

Silvia: El problema es la bomba. La idea de que la casa pueda explotar nos ha quitado todo tipo de seguridad. Es como construir una casa en una montaña que está a punto de hundirse. ¡Os imagiáis, todavía no han terminado la mudanza y de repente vuelta a empezar! Si os pasara a vosotros, ¿qué haríais?

Pietro: Yo me escaparía.

Sara: Ya lo has hecho. Hace falta otra solución.

Sabrina: Yo, que tú, iría a buscar a Giulia, que estará decepcionada, afligida, y que estará llorando, y le pediría perdón.

Pietro: Es verdad, esto por lo menos tendría que hacerlo. Giulia siempre ha sido responsable, histérica, pero amable y además no es que yo no tenga defectos.

Sara: Lo que te falta son las cualidades, pero esto nunca ha sido un problema.

Silvia: Déjalo, conoce sus errores.

Sara: Lo dudo.

Pietro: Yo quiero mucho a Giulia, siempre la he querido, y ella también me quiere, aunque soy insoportable.

Sabrina: Por amor se puede aguantar todo.

Sara: No estoy de acuerdo. La dignidad no hay que venderla.

Silvia: A veces los compromisos son necesarios, pero los dos deben aceptarlos. Aunque yo prefiero la libertad sin condiciones.

Sabrina: Ay, es difícil evitar contradicciones. El amor es para siempre, si dura.

Sara: Es la inseguridad la que dirige nuestra vida. ¿Quién iba a imaginar que en nuestra vida aparecería una bomba?

Pietro: ¡Ya, y a saber cuánto estará afligida mi dulce Giulia!

Filippo y Fulvio entran del bastidor llevando un banco en donde está sentada Giulia que canta borracha y finge remar. Cruzan el escenario andando de un lado a otro.

Giulia: El mar es la voz de mi corazón. El mar es la voz de mi corazón. Ve, pescador, enfrenta las olas, hay que ahogar a todos los hombres. (*Se ríe*)

Filippo: Soy una ola ligera, la espuma de la noche.

Fulvio: En cambio, yo soy la ola creada por la bomba.

Giulia: Marinero, afronta la tormenta. ¡Ay, cómo me da vueltas la cabeza!

Filippo: Eso ocurre a quien ahoga sus penas en el fondo del vaso.

Fulvio: Si la bomba igual explota, no te desanimes.

Pietro: ¿Qué hacéis? ¿Estáis borrachos?

Giulia: Estamos contentos, es distinto.

Entra Fabrizia ondeando una toalla.

Fabrizia: ¡Una fiesta sorpresa! ¡Fantástico! (*Canta y baila*)

Fulvio: Este barco no se hunde.

Filippo: ¡Es a prueba de bombas!

Fabrizia: Y monta la ola, espumeante y redonda. (*Sigue bailando*)

Filippo: Pero, hay un problema.

Fulvio: ¿Un problema?

Giulia: ¿Qué problema?

Filippo: Pesa muchísimo. Nos hundimos.

Fulvio: ¡Sálvese quien pueda! (*Dejan el banco al suelo*)

Fabrizia: ¡Qué momento más bonito! Todos a las lanchas con las camisetas llenas de manchas.

Giulia: Ya nadie se puede salvar. Y dede la cubierta os digo: qué listo el burro que come la paja. Hay que tachar este refrán, porque en la vida todo es error. Busco la felicidad y la suerte y mi vida se convierte en un desastre. (*Se desmaya*)

Fabrizia: ¡Qué lástima! Renunciar a la alegría es deprimente.

Fulvio: El comandante se ha hundido junto con la nave.

Filippo: Aniquilado por un vino espumoso, definido importante.

Pietro: ¡Basta ya, desgraciados! ¡Giulia, mi amor, despiértate! (*Intenta reanimarla*) ¡Ayudadme! ¡Traedme agua, un café, enseguida!

Giulia: (*Despertándose*) No me hace falta nada. Estoy bien. Oh, oh, oh.

Fulvio: ¡Una bolsa!

Filippo: ¡Listo!

Giulia: Gracias. (*Vomita*)

Sabrina: ¡Qué asco! ¡Una bolsa!

Filippo: ¡Listo!

Sabrina: Gracias. (*Vomita*)

Pietro: Yo también quiero una, por favor. (*Coge una bolsa y vomita*)

Fulvio: ¡Qué espectáculo más edificante!

Filippo: Quien no vomita en compañía es un ladrón y un espía. ¿Bolsas?

Silvia: Rápido, rápido. (*Vomita*)

Sara: Yo también quiero una. (*Coge una bolsa, la infla y luego la hace explotar*) Yo no tengo el estómago delicado, el disgusto me lo da la conducta humana. Venga, vamos todos a la cocina a arreglarnos para estar presentables por lo menos de fachada.

Fabrizia: Siempre pasa lo mismo, después de una gran fiesta es el olor a vómito la prueba concreta de su éxito.

Todo el mundo sale. Entra Antonio con una bomba en la mano.

Antonio: Ha llegado el momento de actuar, de llevar a cabo la sublime destrucción. La casa tiene que ser mía y de nadie más. Mi amor, tu presencia ha destruido mi existencia. Tu recuerdo no me deja dormir, es una obsesión que sigue atormentándome. Siempre me tocaste los huevos en la vida y sigues también en la muerte. Tienes que desaparecer para siempre de mi cabeza. Tanto te he querido que te he suprimido.

Entran Michela y Marino.

Michela: Señor Antonio, esto significa admitir su culpabilidad.

Marino: Usted ha matado a su mujer.

Antonio: Por amor. No quería seguir con nuestra relación.

Michela: No es una obligación seguir con una persona que no se ama.

Marino: Pero mucha gente lo hace.

Antonio: Ella no, quería reconstruir su vida, ¿me entienden?

Marino: Lo siento, no ha tenido mucha suerte.

Michela: Ella no ha tenido suerte, ya que se ha casado con un criminal sin corazón.

Antonio: Yo la quería, pero no me obedecía. Tenía sus ideas que no coincidían con las mías. ¿Es eso aceptable?

Marino: A mí no me parece tan grave. Me gusta discutir con las mujeres.

Antonio: Usted es un hombre sin principios. El hombre tiene que dominar a la mujer porque es un ser inferior.

Michela: Esto no es verdad. Las mujeres somos mucho más inteligentes que los hombres.

Antonio: Pero deben fingir no serlo.

Michela: ¿Para complacerle a usted? Ridículo.

Antonio: ¡No diga ridículo! Ridículo... Ella también siempre me lo decía.

Marino: Tal vez no se equivocaba.

Antonio: Esta es una bomba, a punto de explotar ¿Sigo siendo ridículo?

Michela: Patético. Un hombre incapaz de tener una relación normal, enfrentándose con las ideas, susceptible y tonto, incapaz de amar realmente y que quiere tener razón usando la violencia.

Antonio: ¡Tengo una bomba en la mano!

Marino: ¡Qué miedo!

Michela: Una bomba que no explotará.

Antonio: La he preparado yo, seguro que explotará.

Michela: Lástima que haya sustituido la pólvora negra con la ceniza.

Antonio: No es posible.

Marino: Inténtelo. A lo sumo explotará el detonador.

Antonio: ¿Por qué obstaculizarme de esa manera? Soy un testigo colaborador, vosotros tenéis que protegerme y no interferir con mis planes.

Marino: No podemos dejar que usted cometa otros crímenes.

Antonio: Esto no es justo.

Michela: La palabra justicia no suena muy bien en su boca. Acaba de confesar que ha matado a su mujer.

Antonio: Lo he hecho por amor.

Marino: Horror. Me da realmente horror el homicidio por amor, la crónica cruel exuda esta hiel, esta oscura violencia, esta obtusa sentencia, de quien no quiere asimilar que un amor puede terminar, sentirlo uno podrá porque la paz te quitará, pero nadie es dueño de las personas y su sueño, porque los esclavos desaparecen y a las leyes del amor obedecen.

Antonio: ¡Chorradas! ¡Lo que faltaba, el policía poeta! ¿Y usted qué hace? ¿Canta, toca? ¡O a lo mejor baila!

Michela: No, lo voy a arrestar. ¿Contento?

Antonio: Hacen falta pruebas. ¿De qué estamos hablando? ¿De una bomba falsa? Ridículo. No, ridículo no. Tonto. La palabra correcta es tonto.

Entran Eleonora, Morena y Luciana.

Eleonora: Aquí el tonto es usted, señor Irsuto.

Morena: Hemos descubierto por qué quiere esta casa.

Luciana: Ha sido una visión terrible.

Marino: ¿De qué estáis hablando?

Antonio: No haga caso a lo que dicen ellas, se trata de cháchara sin sentido.

Luciana: Soy una pitonisa inmobiliaria y las piedras me han hablado.

Antonio: Llevamos las piedras al tribunal.

Morena: ¡Cállese!

Eleonora: No ha sido capaz ni de hacer explotar la bomba. Usted es un hombre ridículo.

Antonio: No soy ridículo. Deben tenerme miedo, ustedes.

Morena: Usted debe tenernos miedo a nosotros.

Michela: ¿Se puede saber qué es lo que ha descubierto?

Luciana: He oído uñas rascando piedras, hipos, gritos de desesperación y el último estertor de vida. Ha emparedado a su mujer viva en aquella pared.

Eleonora: Por este motivo quería comprar la casa. Para evitar que alguien descubriera su delito. Quería llevar el cadáver a un sitio más seguro para que desapareciera completamente. Ya que un muerto en una pared puede causar problemas. Manchas de humedad, insectos. Fíjense, uno tiene que reformar el baño, hace un agujero para las tuberías y al final descubre el cuerpo.

Michela: Hemos entendido. Entonces en aquella pared se esconde el cuerpo de la mujer del señor Irsuto.

Morena: Usted es un maldito asesino.

Antonio: Cuando la emparedé estaba viva, si luego murió no es culpa mía.

Marino: Venga, no sea ridículo.

Antonio: No soy ridículo. Ya se lo he dicho, no me llamen ridículo. No soy ridículo, mi mujer solía llamarme así y por esta razón ha muerto.

Morena: Decía la verdad, y la verdad duele, don nadie.

Luciana: Yo propongo que lo emparedemos a él, en otra pared. Para que pueda sentir la emoción de su terrible acción y la áspera caricia de las piedras cubiertas de cemento.

Eleonora: Si esta casa fuera mía, lo emparedaría en el muro del fondo, al lado de su mujer, dentro de dos columnas que enmarquen la visión de mi casa. Bonito, ¿no?

Morena: Delicioso, una delicadeza de verdad.

Luciana: Esta es auténtica clase.

Marino: Desafortunadamente no podemos permitirlo.

Michela: Señor Irsuto, tenemos que llevarle a la cárcel.

Antonio: ¡Qué ilusos! La bomba será falsa, pero mi chaleco bomba no lo es. (*Abre su abrigo y enseña los cartuchos conectados a unos cables eléctricos*) ¿Y ahora qué dicen ustedes? ¿Tienen miedo? Su vida termina aquí. ¿Les gusta la sorpresa?

Eleonora: No tenía que morir durante la explosión, si no cómo puedo comprar las ruinas.

Morena: La única cosa que me reconforta es que tú también morirás. Presumida y ridícula nulidad.

Luciana: Qué destino acabar sepultada por las piedras que amo.

Antonio: ¿Soy o no soy un hombre terrible?

Marino: Vale. ¡Basta ya! Vámonos.

Antonio: ¡No se mueva! Llevo puesto el chaleco bomba.

Marino: Y yo la faja y los calcetines largos de lana.

Michela: El chaleco no lleva cartuchos de dinamita, sino velas, que a lo mejor se pueden encender para pedir clemencia, pero creo que no hay un santo dispuesto a concederla. Vámonos.

Antonio: Entonces soy un hombre ridículo de verdad.

Morena: Su mujer tenía razón, pobrecita.

Luciana: Cuando se desenmascara a los fanfarrones, hay muy poco que ver. Un ser despreciable sigue siendo un ser despreciable.

Marino: Bien, aquí no toquen nada. Vendrá la policía científica a recuperar el cadáver.

Michela: Vengan con nosotros a la comisaría a declarar.

Eleonora: ¡Qué manera más asquerosa de acabar el día!

Morena: Hay cosas peores. Por lo menos tengo la satisfacción de verlo en prisión.

Luciana: Pues, vámonos, estoy harta de oír los gritos de dolor de estas piedras.

Salen. Entra Fabrizia hablando por teléfono.

Fabrizia: Grandes novedades. Han arrestado al señor Irsuto. Ha emparedado a su mujer viva. La policía dice que no se hace. Él afirma que cuando la emparedó estaba viva, luego si ha muerto no es culpa suya. De todos modos, un buen abogado sabe cómo crear dudas, sobornar, es que él tiene mucha pasta. Pues, hoy la vergüenza no está de moda, ¿verdad? ¿Pina ha descubierto algo? Pero no importa que comía gatos. ¿Sandra la peluquera? ¿Qué? El señor Irsuto no tiene pelo. Esto es más interesante. Busca noticias sobre su mujer, pobre mujer, y fíjate, la ha matado porque la amaba. ¡Ay, los hombres, no hay quien los entienda! Ahora hago alguna entrevista y luego te envío el artículo. Sí, sí, él estaba muy elegante, impasible, ni siquiera parece un criminal. Mira que la apariencia quita de encima cualquier sospecha. Venga, luego hablamos, adiós. (*Apaga el móvil*) Fabrizia, date prisa que aquí va a difundirse la noticia.

Sale. Poco después entran Giulia y Pietro.

Pietro: ¿Qué tal?

Giulia: Fatal. Después de lo que los policías nos han contado, no sé qué pensar.

Pietro: Esta casa es la causa de todos nuestros problemas.

Giulia: Parecía un buen negocio. Durante la subasta nadie quería comprarla, y no entendía el porqué.

Pietro: Era la casa de Antonio Irsuto, famoso criminal. Tras su detención, le embargaron todos sus bienes. Él nunca habría vendido esta casa.

Giulia: Y además con el cadáver de su mujer murado en la pared, que cualquiera habría podido descubrir. ¿Te das cuenta?

Pietro: Está escondida en la pared de al fondo. Me entran escalofríos si pienso que está ahí. Cuando se convirtió en colaborador de justicia, salió de la cárcel, vivía encubierto y quería otra vez esta casa, y la habría obtenido por las buenas o por las malas. Afortunadamente lo han capturado.

Giulia: ¡Quién iba a pensar que nos ocurriría una cosa así!

Pietro: Habría preferido ganar la lotería, pero hay que conformarse.

Giulia: Pero, ¿eres idiota?

Pietro: Fatalista.

Entran Fulvio y Filippo.

Filippo: Hemos terminado la mudanza.

Fulvio: La policía ha interrumpido nuestro duro trabajo.

Filippo: Se podría decir que lo ha ‘detenido’, para ser más precisos. Sentémonos para recuperar el aliento.

Pietro: Pero, ¡si no habéis hecho nada!

Filippo: También la nada agota.

Fulvio: Todas estas emociones son agotadoras.

Giulia: Es verdad, yo también me siento exhausta. Vacía.

Entran Sara, Silvia y Sabrina.

Sabrina: Ya ves, después de todo lo que hemos vomitado.

Silvia: ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Sara: Bien está lo que bien acaba.

Giulia: ¿Bien acaba? Tengo la casa embargada, la mudanza interrumpida, un cadáver en la pared, un marido idiota, ¿y tú dices que todo acaba bien?!

Sara: Tu marido ya era idiota antes.

Pietro: Gracias por la consideración.

Silvia: No se puede negar la verdad.

Giulia: No, ahora hemos ido más allá de toda lógica, más allá de toda casualidad, más allá de toda credibilidad. Más allá de toda imaginación. Más allá.

Entra Fabrizia.

Fabrizia: ¡Ay qué chulo! Lo utilizaré como título del artículo. «Más allá, un viaje tras la explosión». Aunque en este caso no habrá explosión. Qué lástima, ¿no?

Sabrina: Eso es lo bueno de la vida: es imprevisible.

Silvia: Vaya consideración más profunda, esconde toda la potencia de la mala suerte. Verdadera amalgama de la vida.

Sara: Yo quería decir que todos seguimos vivos. Hemos corrido el riesgo de que una bomba nos despedazara, pero eso no ha ocurrido.

Entran Eleonora, Morena, Luciana, Michela y Marino.

Luciana: Va a ocurrir, yo lo he predicho. Y el ladrillo no miente.

Marino: Antonio Irsuto se ha escapado.

Todos: ¿Escapado?

Michela: Lo estaba metiendo en el coche, cuando de repente me empujó y se escapó.

Filippo: Todo muy simple. ¿No habéis pensado en perseguirlo?

Fulvio: Déjalo, esos son solo detalles.

Eleonora: Aconsejo abandonar rápidamente la vivienda, no quiero mancharme la ropa con los escombros.

Morena: Sin imaginar lo que le pasaría al maquillaje.

Luciana: Siento que los cimientos tiemblan, los ladrillos vibran. ¡Esta casa está a punto de derrumbarse y nosotros con ella!

Entra Antonio llevando un móvil en la mano.

Antonio: He llenado el edificio de minas. En cuanto presione un botón de mi móvil, la casa explotará. Ustedes deberían saber que los seres malvados siempre ganan porque no se paran ante nada, ni tienen que defender su dignidad.

Suena el móvil.

Antonio: ¿Dígame? Sí, soy yo. ¿Una promoción? Mensajes, internet, sin cargos por establecimiento de llamada, sin pagar canon. ¿Cuánto vale?

Oscuridad. Se oye el ruido de la explosión y baja el telón.

FIN

BIBLIOGRAFÍA

BAMBINI A BOLOGNA <<http://www.bambinidavivere.com/>> [12/05/2016]

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. Belén (2008): «La escritura lúdica de Gigi Monfredini», in *Revista de Investigación y Crítica Estética Cartaphilus* 3, 90-92.

MONFREDINI, Luigi (2006): *Frulli*. Bolonia: Pendragon.

(2008) *Fantasia sin resuello que te coge por el cuello*, in *Revista de Investigación y Crítica Estética Cartaphilus* 3, 190-192.

(2010a): *Commedie. Raccolta indifferenziata*. Roma: Il Mio Libro.

(2010b): *Cocci*. Roma: Il Mio Libro.

(2012): *Sto scomodo*. Roma: Lulú.

(2013a): *Scrivere per sorridere. Raccolta di commedie, atti unici, scenette*. Milán: Yumpu.

(2013b) *Aspro mattino*. Florencia: Firenze Libri.

(2015) *Percorsi dispersi*. Roma: Pagine.

PERFIL ACADÉMICO Y PROFESIONAL

M. Belén Hernández es profesora titular de Filología Italiana de la Universidad de Murcia, entre sus temas de investigación destaca la traducción literaria del italiano al español, la literatura comparada y el estudio del ensayismo contemporáneo. Annamaria Montagna y Daniele Santobianchi son diplomados en traducción y documentación, se han especializado en traducción teatral y han cursado el Máster de Traducción Editorial de la Universidad de Murcia.

Fecha Recepción Artículo: 15-5-2016

Fecha Aceptación Artículo: 18-7-2016